

PASADO INCREIBLE

PETER KAPRA

PETER KAPRA

Pasado increíble

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 5153
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

Depósito Legal: B. 33.275 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 BARCELONA

Capítulo Primero

MÁS ALLÁ DE LO FÍSICO

Siglo XXXII antes del Diluvio.

En el actual período (1971 años después de J. C.), al hombre se le hace difícil, casi imposible, creer que pudo existir una civilización en la Tierra técnicamente más avanzada que ésta. Y, sin embargo, existen demasiados indicios arqueológicos que nos lo indican.

¿Qué ocurrió para que el hombre volviera a sus orígenes y reemprendiera la penosa ruta del progreso? ¿Qué cataclismo sumió a la especie humana en la oscuridad de los tiempos, sepultándole de nuevo en un pasado ignoto, después de haber conquistado logros que la ciencia aún tardará miles de años en descubrir?

Debió ser terrible, impresionante, increíble.

En la actualidad, se cree que existen hombres que conservan, a través de los genes hereditarios de las neuronas de sus cerebros, el recuerdo inconsciente que les fue legado por sus antepasados. En los recovecos inexplorados del cerebro humano está escrita, como grabada magnéticamente, la historia de los hombres.

Si fuese posible hurgar en ese subconsciente; si pudiéramos ahondar, escarbar como hacen los arqueólogos y los paleontólogos en la corteza reciente de la tierra, tal vez fuese posible hallar la historia de aquel pasado increíble... Historias y leyendas que los siglos convirtieron en mitos, en dioses, gigantes, seres alados, máquinas voladoras, visiones sobrecogedoras y otras alucinaciones que nuestro subconsciente «recuerda» aún.

¿Qué hay más allá del mundo físico en que vivimos?

La imaginación es una perfecta «máquina del tiempo». Introduzcámonos en ella y regresemos al pasado. El pensamiento vuela sin tiempo, sin espacio, hacia infinitas dimensiones, y penetra en mundos extraordinarios, como...

* * *

La paradisíaca isla de Sokros, en lo que ahora es el mar Egeo, donde pudo nacer la civilización, llegar una nave espacial del infinito, o convertirse la célula que viajó en un fotón en un ser multicelular.

Era el siglo XXXII, antes del Diluvio Universal.

El mundo estaba mucho menos poblado que ahora. Unos

doscientos millones de habitantes, esparcidos a todo lo largo de la costa mediterránea, cerca de las desembocaduras de los grandes ríos, cuyos nombres en nada se parecían a los de ahora.

Buques insólitos surcaban las aguas.

Naves supersónicas volaban inmersas en una atmósfera que sólo enturbiaba los humos de algunos volcanes. Y naves superfotónicas surcaban los espacios siderales, llevando o trayendo mercancías de lejanos mundos ya olvidados, donde debe existir aún la semilla humana dejada por el Rey de la Creación… ¡El hijo de Dios, el Hombre!

Es singular que los hombres siempre han adorado a su Creador, de cuya veneración jamás han podido sustraerse, porque está en la sustancia misma de su ser, porque forma parte del todo que es su Creador.

En aquel mundo, se amaba a Dios. En otros, se le teme; acá se le ignora, allá se le desprecia, o se le odia, o se le niega. Pero Él existió, existe y existirá siempre, para bien nuestro.

Los hombres del siglo XXXII, antes del Diluvio, amaban a Dios, tenían paz, tranquilidad, felicidad y eran sabios.

Sokros, por ejemplo, era la isla de los Sabios.

Allí vivían, en grandes palacios de metales preciosos, los individuos más importantes de cada una de las ciencias que estudiaban los hombres. Muchas de aquellas ciencias son conocidas hoy día como la Medicina, la Astronomía, la Botánica, las Matemáticas, etc. Otras nos son totalmente desconocidas, aunque les hayamos puesto nombres actuales, como Parapsicología, Metafísica, Astrología, Telepatía o Psicoquinesia —que Huxley MacDougalle y el profesor Rhine han denominado «Efecto PQ».

¿Hombres de ciencia mezclados con brujos, nigromantes y hechiceros? Pues sí, ¿por qué no? Hubo épocas en que los alquimistas eran perseguidos y arrojados a la hoguera, como si fueran herejes. Pero aquellos alquimistas del medioevo sentaron las bases de la moderna química.

El propio Mesmer, descubridor del influjo hipnótico, fue acusado de charlatán y visionario y, de no haber huido de París, habría terminado con sus huesos en la cárcel.

* * *

—¿Qué ocurre, insigne Gafra?

—Ven pronto, Zeik. El extraordinario Ammon Askida hará una demostración de sus poderes extrasensoriales.

—¿Dónde?

—En el anfiteatro del Palacio Central.

—¡Vamos allá en seguida, insigne Gafra! ¡No me lo perdería por nada del mundo!

Otros insignes sabios también se dirigían al monumental Palacio Central de la isla de Sokros, cuyos jardines no podían compararse ni siquiera con los de Fatos, la megápoli de Oriente.

En Sokros había flores todo el año, luz todas las noches, brisa fresca continuamente y nunca hubo mal tiempo. Los meteorólogos hacían realidad aquellos «milagros» y la lluvia que regaba las plantas de los jardines era artificial.

La arquitectura jamás soñó con un palacio como el situado en el centro geográfico de Sokros, sobre una plataforma de cristal. No tenía columnas, ni siquiera paredes, ni arcos, ni su estructura era geométrica. Tal vez, en algunos cuadros de los modernos pintores abstractos podría encontrarse algo parecido, aunque ello no sea posible, dada la distancia de épocas.

El Palacio Central de la isla de los Sabios era… «Astronomía, cosmogonía, atomística y física inconcreta». Un planetarium, la catedral de «Notre Dame», el *Empire State Building* y un *Taj Mahal*, todo en uno, de líneas entrecruzadas, metales preciosos todos, desde el platino hasta el «fluorio», enteramente desconocido ahora y metal azul, de propiedades extraordinarias.

Había entradas móviles, aquellas pistas metálicas y serpenteantes; y entradas inmóviles, por las que se deslizaban pequeños vehículos de motores electrónicos, con generadores de acción continua. Habían ascensores para uno o mil seres, de funcionamiento magnético.

Galerías inmensas, con retratos de insignes y preclaros sabios. Efigies, mascarillas, máquinas, obras y recuerdos de los sabios de Sokros. Allí estaban los nombres, en letras esculpidas sobre tantalio blanco e inalterable.

Más de dos mil sabios se dirigían al anfiteatro o sala central de conferencias. En boca de todos estaba el nombre de Ammon Askida, de quien se decía que poseía méritos más que suficientes para ocupar el Alto Sitial de Sokros, que era tanto como ser Sumo Sacerdote, Hombre Máximo o Predilecto de Dios.

Ammon Askida se hacía llamar, modestamente, doctor en Metapsíquica, con poderes ultrasensoriales, paranormales y hasta metafísicos. Su ciencia no era el ocultismo ni lo sobrenatural, aunque él realizase experimentos estrechamente vinculados con el otro mundo.

La teoría del doctor Askida era extraordinaria.

—La muerte no existe —solía decir—. Es espíritu que se forma, nace y vive en cada uno de nosotros, escapa al sobrevenirnos la muerte y flota en el Más Allá, adquiriendo una dimensión nueva y a su vez infinita, que forma parte del fluido cósmico o universal.

»Por medio de mis conocimientos psíquicos, yo «he penetrado» ya, muchas veces, en esos mundos multidimensionales del espíritu humano. Así, he vivido, en estado subconsciente, en el pasado y en el futuro; me ha trasladado a grandes distancias y hasta he logrado experimentos asombrosos, sin tener que recurrir a medios químicos o físicos conocidos.

»Mi ciencia, sin embargo, no es esotérica. Puedo explicaros detalladamente los medios de que me valgo. Lo malo es que vosotros no podéis comprenderme.

En realidad, en Sokros, eran muy pocos los que podían comprender a sus semejantes. Sólo existía un genio matemático, que era el profesor Hawi. Si el doctor Awason, el genio en Física, tenía una duda de cálculo infinitesimal, consultaba con Hawi, y la palabra de éste era sagrada para él.

Por ejemplo, biólogo como el doctor Karma no había ninguno, aunque el insigne Gafra fuese el médico cirujano más completo de todos los tiempos. El uno estudiaba la vida en general y el otro sólo operaba el cuerpo humano.

La Metapsíquica era una ciencia extraña, pero demostrable, para todos aquellos hombres. Y cuando el doctor Ammon Askida fue admitido en la isla de Sokros, se comprobó de modo fehaciente, primero, que era muy superior a su antecesor, el sabio Grok Gusik, y segundo que podía ayudar a todos los demás hombres de ciencia de un modo u otro.

Una vez, el «keik» de Haspar, región maravillosa y verde de Occidente, llamó al doctor Gafra por videofonía, para rogarle que fuese a examinarle, pues se sentía morir.

Gafra tomó su «comet» ultrasónico y se presentó en la residencia del opulento «keik» de Haspar. Pero tras dos horas y media de intensos reconocimientos, no pudo averiguar la dolencia del enfermo.

Sin hacer comentarios, Gafra llamó a varios de sus colegas. Y ninguno acertó tampoco. Entonces, alguien sugirió consultar con Ammon Askida, y éste pidió que le dejaran sumirse en trance, para que su espíritu pudiera penetrar en el cuerpo del enfermo y localizar así el origen de aquella extraña dolencia que le tenía postrado.

Ammon Askida penetró en su santuario y allí, envuelto en humos aromáticos, se concentró hasta quedar dormido. Su voz, empero, llegó hasta la región de Haspar y a la casa del «keik» enfermo.

—Óyeme, Gafra. Debes operar al «keik» inmediatamente. No sé qué tiene, pero ábrele la espalda y, junto a la espina dorsal, hallarás un pequeño tumor, de color negro. Extírpalo con cuidado, porque sus raíces penetran en la médula espinal. Luego, haz incinerar el ganglio negro, para evitar contagios. Pero esta enfermedad, que se repetirá pronto en otros seres de esa región, deberá ser conocida con el nombre de «tumor de Askida».

Ammon Askida acertó. Pero no fue altruista y se cobró la ayuda, adquiriendo la gloria que ambicionaba.

En otra ocasión, una espacionave de propulsión hiperfotónica, que desapareció entre la constelación de Tauro y Arturo, a millones de años luz de distancia, fue localizada por Askida, con el poder de concentración de su mente, diciendo a varios compañeros suyos, de la isla de Sokros:

—Veo un planeta amarillo… rocoso… Hay largas manchas verdes, vivientes… Una nave plateada, con el nombre de «Deit», está sobre una planicie… Las serpientes verdes se acercan y tratan de rodear la nave… Dentro hay heridos y muertos… El comandante se llama Tkay y no puede pedir socorro… Si se le ayuda, las largas manchas verdes, que ya corroen el metal, se retirarán… Se las puede destruir con ácidos corrosivos potentes.

Después de esto, Ammon Askida sufrió una contracción epiléptica y no pudo continuar. Se despertó bañado en sudor, pálido como un muerto, y no sabía lo que dijo. Pero los que oyeron su relato avisaron inmediatamente al espaciodromo de Kuala, donde los técnicos enviaron un mensaje por ultrafrecuencia parabólica al cosmos, y varias naves identificaron el planeta donde había tomado tierra la superespacionave «Deit», logrando salvar a los supervivientes.

Fue otro triunfo de Askida, cuyo nombre corrió de boca en boca, a partir de entonces, entre los astronautas terrestres, y la base espacial que se instaló en Procto, del sistema Adriana, llevó su nombre. También llevaron el nombre de «Askidas» las nuevas naves espaciales ultrahiperlumínicas, de propulsión biónica y telemando robótico.

Por esto, y mucho más, si Ammon Askida anunciaba una demostración de poderes extrasensoriales, en el Palacio Central, todos acudían, seguros de presenciar algo extraordinario o, cuando menos, increíble.

* * *

Efectivamente, bajo la luz intensa e indirecta del anfiteatro, Ammon Askida apareció, vistiendo un sayón verde, que le llegaba casi

a los tobillos, sujeto por un cinturón, en cuyo rombo central refulgía una piedra con destellos rojizos. Tenía el rostro extrañamente pintado, con rayas y círculos de colores llamativos, y una cinta metálica, con piedras preciosas, ceñía su frente.

Avanzó despacio y descalzo, hasta situarse ante la mesa, preparada al efecto, que era una gran losa de piedra negra, al parecer en estado de levitación natural, sobre la que había una pirámide de cristal azul, muy brillante. Había una silla con alto respaldo, dorada y almohadillada, y cuatro pebeteros humeantes en torno a la mesa.

Antes de sentarse, Ammon Askida, con los brazos en alto, muy abiertos los dedos de sus manos pintadas de rojo, saludó a todos los sabios que le contemplaban desde sus asientos.

—Insignes y preclaros amigos míos, sabios doctores y profesores que habéis iluminado el Universo con vuestras ciencias... Hermanos... He aquí, que he tenido una espantosa visión... Un monstruo se me apareció mientras dormía, y me habló en una lengua extraña, que luego una maravillosa muchacha de piel rosada me ha traducido en sueños, diciéndome que no tengo derecho a vivir entre vosotros y que debo irme cuanto antes, porque desposeí, en justa exhibición, a un hombre que era menos docto que yo.

—Es cierto, Ammon Askida —declaró alguno de los sabios de la primera fila del anfiteatro—. Demostraste que tu ciencia era superior a la de Grok Gusik. Por eso él se marchó y te quedaste tú.

—Cierto, sabio Zeik. Gusik no dio las explicaciones que yo di. Era un genio intuitivo. Y los fenómenos paranormales deben ser explicados racionalmente, o son embustes, sugestiones, falsedades hipnóticas.

»Pero dejadme terminar mi sueño. Esa hermosa criatura de la piel rosada, que apareció ante mí cubierta con una clámide roja y semitransparente, para turbar mis sentidos, terminó diciéndome que Grok Gusik acaba de morir en una gruta, oculta en lejanos montes.

»Os he convocado a todos aquí porque voy a realizar un experimento inverosímil. Vosotros sabéis que los personajes de los sueños no existen y sólo son figuraciones nuestras, creadas en el subconsciente.

»Pues bien, mi experimento consiste en tratar de materializar aquí, en presencia de todos vosotros, a esa mujer inexistente, para que podáis verla como yo la he visto en mi sueño. Os aseguro que nadie ha podido jamás materializar algo que no existe.

Se produjo un murmullo de admiración entre los concurrentes, que Askida acalló con gestos imperiosos de sus brazos extendidos.

—Os aseguro que vais a verla como yo la he visto, y quedaréis

maravillados de su extraordinaria hermosura. Pero nadie podrá tocarla, porque su materia, aunque visible, es incorpórea. Ella os comunicará lo que dijo el monstruo y os confirmará la muerte de Grok Gusik, víctima de sus diabólicos experimentos.

En el silencio que siguió a estas melodramáticas palabras, podría haberse escuchado el zumbido de una mosca. En Sokros, afortunadamente, no se conocían tales dípteros, ni ninguna otra clase de insectos.

Y todos los concurrentes pudieron ver al sabio Ammon Askida sentarse ante la mesa y fijar su mirada en la pirámide azul, permaneciendo así unos minutos hasta caer en trance.

Poco después, la cabeza de Askida cayó hacia atrás. La perfecta acústica del anfiteatro llevó su monólogo hasta todos los asistentes:

—Estoy penetrando en las regiones irreales del subconsciente... Busco la forma roja que se forjó en mi mente... Sé que no existe, pero el poder mental es inmenso y logrará encontrar en los dormidos recuerdos la figura que surgió en sueños... Me estoy acercando... Presiento que vaga entre estas impenetrables sombras.

Todos los asistentes a la demostración estaban ya sugestionados. Posiblemente, Ammon Askida había logrado impresionarles e hipnotizarles colectivamente, pero no era seguro. Los medios que utilizaba sólo eran conocidos por él.

De pronto, cuando mayor era la expectación, el metapsíquico emitió un grito:

—¡Ahí está! ¡Ya la he encontrado! ¡No huyas, sombra incorpórea! ¡Detente y no te resistas al dominio imperioso de mi poder cósmico! —A continuación, Askida pronunció frases incoherentes, como sonidos de una lengua desconocida, para añadir—: Ahora, vas a materializarte en presencia de mis compañeros. Deseo que te vean, como yo te estoy viendo. Obedéceme, falso espíritu; nadie puede oponerse a mis deseos... ¡Hazte visible, adquiere forma real y tangible! ¡Ammon Askida, el hechicero del más allá, te lo manda!

A menos de dos metros, delante de la mesa, una vaga forma rojiza empezó a materializarse. La luz continuaba siendo potente. No había posibilidad de que fuese una ilusión o un truco. Tantos testigos no podían estar dominados por la hipnosis.

El poder metafísico de Askida estaba logrando la materialización de un cuerpo humano que se estaba concretando, haciéndose visible y corpóreo ante los atónitos ojos de los sabios de Sokros.

Al fin, una maravillosa y extraordinaria muchacha, de cabellos largos y negros, piel rosada y manos largas y finas, tomó cuerpo y «vida». Llevaba una vestimenta de color rojo, con escote hasta la

cintura, donde se cerraba con un broche de diamantes, e insinuaba la forma exuberante de su cuerpo, hombros y brazos modelados, cuello largo y ceñido con una gargantilla de piedras refulgentes y rojas.

Sus piernas eran largas y esbeltas; calzaba ligeras sandalias transparentes, que sujetaba con correas plateadas a los tobillos, y al moverse, las rodillas quedaban brevemente al descubierto, mostrando su piel rosada y atrayente.

—Tú, que te has forjado en los dominios de mi subconsciente —habló Ammon Askida, todavía en estado de trance—. Dinos quién eres.

—Soy Ireka Zamun. Y te equivocas al creer que no existo. He vivido en un templo desde que nací, hasta que el poderoso Grok Gusik me llamó a su servicio.

Una agitación extraña se apoderó del inconsciente Askida. La «aparición» se volvió a él y le hizo unos pases magnéticos.

—Duerme, Askida. Ya que me has hecho venir y estoy en presencia de los más grandes sabios de la Humanidad, diré a todos que hay un sabio mucho mayor que tú, que ha heredado los conocimientos de su difunto padre.

»Y ese hombre, joven, apuesto y dotado de extraordinarios poderes ultrasensoriales, quiere comparecer ante todos vosotros y demostrar que es más sabio que Ammon Askida.

Capítulo II

MUNDO IRRACIONAL

Hawi, el insigne sabio matemático, presidía el Consejo de Sokros, sentado en el Alto Sitial. A su derecha e izquierda, ante la mesa en forma de media luna, se alineaban doce consejeros.

Ante ellos, sentada en una silla de ónix, estaba Ireka Zamun, con la cabeza alta, sonriente su bello y ovalado rostro y expresándose en un lenguaje correcto y culto.

—¿Cómo se llama tu amo, Ireka? —preguntó Hawi.

—Bali Gusik. Es hijo de Grok Gusik, quien dejó su puesto de sabio aquí, en Sokros, para cedérselo al intrigante Ammon Askida.

—¿Te hace decir tu amo que Askida es un intrigante?

—No. Pero yo lo sé. Utilizó procedimientos fraudulentos para impresionar a los sabios de Sokros. Un auténtico sabio, como era Grok Gusik, nada podía hacer ante la magia misteriosa de Askida. Por esto calló y se fue.

»Pero todos los años transcurridos desde entonces fueron dedicados a la investigación y a tratar de descubrir qué medios se utilizaron para lograr desterrarle.

—¿Es cierto que Grok Gusik ha muerto?

—Sí, hace poco. Su hijo ha heredado todos sus secretos. Y yo soy sierva, ahora, de Bali Gusik. Por eso estoy aquí.

—¿Te envió Bali Gusik o te atrajo Ammon Askida?

—Bali me envió en espíritu para influir en el subconsciente de Askida. Así, en sueños, creyó ver un monstruo diabólico que le comunicaba su próxima expulsión de Sokros, puesto que Bali Gusik vendrá a retarle. Y es ley de supervivencia que el más sabio releve a su inferior.

—Sí, tal es nuestra ley —confesó Hawi—. Aunque todo eso requiere unos procedimientos que deben ser respetados.

—Efectivamente, hermosa espíritu —habló otro sabio, situado a la derecha de Hawi—. Y no podemos aceptar el método de telehipnosis, empleado por Bali Gusik contra Ammon Askida, al que ninguno de nosotros sabe cómo arrancar del trance en que se halla.

—Nada le ocurre a Ammon Askida, insigne y respetados sabios —dijo Ireka—. Está dormido, aletargado, dominado por el poder mental de mi amo.

—¿Cuándo despertará?

—Cuando hayáis accedido a recibir al hijo de Grok Gusik.

—Nosotros no tenemos inconveniente en recibirle y escucharle. Pero si ha de sustituir a Ammon Askida, es preciso que éste autorice la junta. Es la ley.

«Normalmente —siguió hablando Hawi—, para sustituir a cualquiera de nosotros, es preciso que el aspirante demuestre sus conocimientos, en cualquiera de las ciudades de nuestro mundo. Fatos, la megápoli de Oriente, puede ser sede de sus experimentaciones. El eco de su sabiduría llegará, a no dudar, hasta nosotros.

«Pero hasta el momento nadie aquí ha oído hablar de él. Y en verdad ni siquiera sabíamos que Grok Gusik tuviese un hijo. Cuando se fue de aquí, hace doce años, ciertamente, no lo tenía.

—Estáis equivocados, doctos señores. El hijo de Gusik vivía con su madre, en la isla de Nácar. Allí fue a buscarlo su padre, al salir de aquí, para llevarle a las montañas más altas de este planeta, llamadas Montes Himalayos, de crestas cubiertas eternamente de nieve, aire seco y helado, y donde sólo pueden vivir los fuertes de alma y de cuerpo.

«Grok Gusik construyó allí su laboratorio metafísico. Creaba y moldeaba materia con el poder de su mente. Estudiada a todas horas, y su hijo le acompañaba, aprendiendo de sus fuentes de inmensa sabiduría.

—¿Y tú eres la esclava de Bali Gusik? —preguntó otro sabio.

—Él no me llama esclava.

—¿Eres humana?

—Sí.

—¿Quiénes fueron tus padres?

—Soy hija de una mujer que vivió en un paraje selvático, en el centro de Euros, y de un navegante espacial, que llegó en misión exploratoria, procedente de un lejano mundo.

»Mi padre se fue después de haber enseñado su «magia» a mi madre y a sus compañeras de tribu. Nos facilitó un objeto metálico, con el que siempre tenemos fuego para calentarnos en las noches frías. Nos dio también una lámpara, cuya luz nunca se extingue, y un arma que paraliza a los antílopes y nos permite cazarlos con facilidad.

»He sabido después que todos esos objetos mágicos son sobradamente conocidos por vosotros. Pero en las selvas del centro de Euros, en la tribu de mujeres a la que pertenezco, todo nos era útil.

—¿Una tribu compuesta sólo de mujeres? ¿Y los hombres? ¿Cómo os reproducíais, pues?

—Venían los hermanos de mi padre y permanecían algunos días entre nosotras. Yo los vi llegar muchas veces, antes de irme con Grok

Gusik, que era amigo de ellos.

«Cuando nuestras mujeres tenían un hijo varón, ellos se lo llevaban y jamás volvíamos a saber de él. Por esto, siempre éramos mujeres las que habitábamos en la tribu.

—¿Sabías algo de eso, Karma? —preguntó Hawi, volviéndose al sabio que estaba a su izquierda.

—No. Pero nuestro mundo es grande e ignoramos muchas cosas de él. Continúa, Ireka.

—Fui creciendo junto a mi madre. Hasta que un día llegó una nave, como la de mi padre. Y en ella llegó un hombre que se fijó en mí. Mi madre me dijo que yo debía complacerle en todo, aunque me hiciera daño al abrazarme.

»Pero aquel viajero del espacio no me tocó siquiera y dijo que debía acompañarle a los Montes Himalayos, donde un anciano amigo suyo, que tenía un hijo de mi edad, necesitaba los cuidados de una mujer inteligente.

»Así, me hizo subir a su nave voladora y, poco después, sobrevolando el planeta, llegamos al maravilloso lugar donde Grok Gusik y su hijo Bali acababan de dar sepultura, entre los hielos, a la esposa y madre que acababan de perder.

»Fui bien recibida allí. Me trataron muy bien. La mansión era grande, pero no me daba mucho trabajo. Mis dos amos me trataron siempre con mucho respeto y consideración, dejándome entrar incluso en el laboratorio donde realizaban sus trabajos y experimentos.

—¿Cómo es Bali Gusik? —preguntó otro.

—Es joven. Algo mayor que yo. Muy apuesto y viril. De ojos oscuros y profundos, que miran dentro de una, debajo de la piel. Al menos, ésta es la sensación que me da.

»A mí me gusta mucho Bali. Sin embargo, él siempre me trata con respeto y cariño, como si yo fuese una niña pequeña, sin sentimientos. Y sabe que ardo en deseos por él, porque lee mi mente y conoce mis más recónditos pensamientos.

»Mas nunca me dice nada al respecto. Me mira, sonríe y, lo máximo que me dedica, es una caricia en las mejillas.

»Sin embargo, está muy triste desde la muerte de su padre. Trato de consolarle, pero no lo consigo. Sólo desea que Ammon Askida deje de pertenecer a la clase privilegiada de la isla de Sokros, porque sabe que su ciencia no es la mejor.

»Bali dice que él no lo sabe todo y que muchos sabios habrán de trabajar con ahínco, durante muchos siglos, hasta desentrañar los misterios naturales del más allá, en el mundo de lo irracional.

»Dice que ignoramos más de lo que sabemos. Pero que nadie tiene

derecho a encumbrarse a costa de la ignorancia de los demás. Él me habló de estos pueblos ribereños del mar Mediterráneo y me dijo que formaban una sociedad de castas y privilegiados, con seres inmensamente ricos, que dominan a sus semejantes por medio del poder adquirido con el dinero.

»También me habló de los sabios. Me dijo que hay escuelas donde los hombres estudian y se forman, hasta llegar a ser figuras destacadas en sus disciplinas. Pero que, entre todas esas ciudades, el más sabio de todos, reconocido y probado, para a ocupar un sitio de privilegio extraordinario en esta isla de Sokros.

—Así es, en efecto —afirmó el matemático Hawi—. Y hasta que llegó Ammon Askida, fue Grok Gusik uno de los nuestros. Su ciencia era la metafísica o el conocimiento de todo lo que se oculta más allá de la física.

»Yo conocí y traté a Gusik. Y reconozco que fue un gran sabio, inteligente y justo. Pero Askida realizó muchos prodigios en Fatos, y se hizo popular. Más tarde, pidió confrontar sus conocimientos con los de Grok Gusik, y venció.

Nosotros vimos a Askida realizar prodigios que Gusik no pudo superar. Materializó y transformó cuerpos orgánicos delante de nosotros. Nos hizo ver mundos extraños y formas inconcebibles. Alucinó nuestras mentes y hasta nos transportó a lugares desconocidos del Más Allá, donde pudimos interrogar a nuestros espíritus ancestrales.

»Grok Gusik no hacía nada de aquello. Callaba y estaba serio. Le preguntamos si era capaz de superar a su rival, y nos contestó que no. Luego, se fue y no le volvimos a ver nunca.

—Askida utilizó procedimientos vergonzosos y denigrantes, que Gusik no podía emplear —dijo Ireka Zamun—. Yo lo sé y vengo a decíroslo en nombre del hijo de aquel hombre.

«Cierto que Grok Gusik desconocía entonces la «magia» empleada por Askida. Pero luego lo averiguó y su hijo podrá demostraros que fuisteis engañados con drogas alucinógenas. Nada de lo que os mostró era cierto.

»La ciencia de Askida es falsa. La aprendió viajando por el cosmos, como oficial de control parapsicológico en una nave espacial. Trabó conocimiento con alienígenas, fetichistas, hechiceros y adoradores de monstruos, quienes le enseñaron sus métodos.

»En aquellos mundos, los hechiceros dominaban a sus semejantes con la brujería maldita de sus engaños. La ignorancia de los otros les hacía acatar al hechicero como si fuese un elegido de los dioses. Y Askida debió pensar en utilizar métodos semejantes, pero mejorados,

en nuestro mundo.

»Una de las drogas que emplea es el humo de ciertos cactos, a los que prende fuego en los pebeteros, y cuyos efluvios, sin adormecer al que lo percibe, le induce a la sugestión.

Antar, el sabio químico, sentado al extremo derecho de la mesa, asintió:

—Es cierto lo que dice Ireka. Existen numerosas drogas alucinógenas y capaces de inducir autosugestión. Y he observado que, en todas sus demostraciones, Ammon Askida utiliza humos extraños.

»Nosotros sabemos que no todas las personas son susceptibles de hipnosis o sugestión, ni todas reaccionan igual a los distintos estados hipnóticos.

»Yo puedo aletargar a cualquiera, haciéndole tomar bromodrina, pentotal, cloramina o peyote. El mismo efecto, pero mucho más nocivo y peligroso, se consigue con el «haschich», el ácido lisérgico, la heroína y otras drogas alucinógenas.

»No me extraña, pues, que esta muchacha tenga razón en lo que dice, y Ammon Askida nos haya estado engañando…

—No debes decir eso, Antar. Durante años, Askida ha demostrado poseer conocimientos extrasensoriales y facultades paranormales. Yo mismo le planteé problemas matemáticos, que me resolvió en estado de trance, con increíble facilidad.

—Esas demostraciones son fáciles —dijo Ireka Zamun—. Bali y su padre me explicaron el secreto. Se trata de un fenómeno de telepatía. Pudo ser el subconsciente de usted mismo, mucho más predispuesto a la solución de problemas difíciles, quien le diera la solución.

—¿Puede alguien demostrar que mi subconsciente sabe más matemáticas que yo? —preguntó Hawi.

—Sí. Bali Gusik se lo demostrará a usted, utilizando métodos mucho más racionales que los de Askida.

—Bien. Cuando llegue ese día, le escucharemos con sumo gusto. Mientras, si está en contacto contigo, debe decirte cómo despertar a Askida.

—Ammon Askida se despertará cuando yo me haya ido. Es mi presencia aquí la que le tiene aletargado. Él me invocó. Bali le ha conjurado. Poder a poder. Y el de Bali es más fuerte.

»De todas formas, con vuestro permiso, sabios doctores, regresaré al anfiteatro y allí haré que Bali me reintegre a nuestra residencia, entre los hielos eternos de los Montes Himalayos.

»En cuanto yo desaparezca, el sabio Askida recobrará la lucidez y tratará de convenceros de su inmenso poder. No lo creáis. Es el poder de Bali, la fuerza de su mente, la que ha realizado este experimento.

—¿Volveremos a tener noticias vuestras? —preguntó Hawi.

—Muy pronto, posiblemente. Bali desea ocupar el puesto que tenía su padre.

—Si demuestra ser merecedor a él, lo tendrá. Pero Ammon Askida es mal adversario y no se dejará derrotar fácilmente. Aspira al Alto Sitial de Sokros y quiere inmortalizarse en la galería de los sabios eternos, cosa que sólo consiguen los que llegan al fin de su existencia sin haber sido aventajados por nadie en su disciplina.

—Bali sabe todo eso... Adiós, y gracias por vuestra atención.

* * *

Bali sonrió a Ireka.

—Has hablado muy bien.

—Dije todo lo que tú querías.

—Pero yo no lo habría hecho mejor, Ireka.

—Soy tu sierva.

—No digas eso, Ireka. Te quiero más que a una hermana. Por eso vamos ahora a las selvas de Euros. Quiero pedirle permiso a tu madre para hacerte mi esposa.

Ireka sintió que una íntima emoción recorría su cuerpo al oír estas palabras.

—¿Quieres hacerme tu esposa, Bali?

—Sí. Mi padre ha muerto y yo he heredado su ciencia. Antes de iniciar mi tarea, que ha de ser laboriosa, he de tenerte a mi lado, no como sierva, sino como esposa.

—Hace tiempo que no pertenezco a mi madre, Bali.

—Lo sé. Pero Itxer no te pidió a ella para que fueses madre de mis hijos, sino para ayudamos a mi padre y a mí, mientras trabajábamos. Él sabía que en Euros vivían las mujeres más bellas del Universo.

—No lo sé, Bali. Jamás he visto mujeres distintas a nosotras.

—Pronto las verás en Fatos, Ireka. Y te darás cuenta de que, aun siendo como tú, teniendo piernas, brazos, cabeza y todo lo demás, su piel es áspera, carecen de gracia y ligereza, y su carne es fofa, blanda, grasienta.

—¿Todas vuestras mujeres son así?

—No, todas no. Hay excepciones. Pero, en términos generales, son como te he dicho.

Ireka no replicó. Inclinó la cabeza hacia la ventanilla de metal transparente que tenía a su derecha y contempló el paisaje verde y luminoso que se extendía bajo ellos. Pudo seguir la sombra del «comet» ultrasónico que pilotaba Bali, que se proyectaba en la tierra,

en los ríos y en un extenso lago de aguas azules.

Altos árboles, de frondosas copas, cubrían la tierra casi virgen, donde se agitaba la vida animal, sojuzgada por el silbido agudo de los reactores del «comet».

Incluso los grandes pájaros huían al ver las máquinas voladoras fabricadas por el hombre surcando los espacios aéreos, porque el instinto les advertía el peligro del encuentro, traducido por choque violento con ventaja para la máquina.

Ireka sabía que ya estaban cerca. Pronto verían las colinas blancas y luego los hondos valles, tras los que estaba la llanura extensa, de color verde, entre arroyuelos de aguas cristalinas, efluvios perfumados y atmósfera limpia, pura y vivificadora.

Había un claro entre la frondosa vegetación. Ireka recordaba las altas piedras formando un círculo. Ella también ayudó a pulimentar aquellos inmensos bloques de piedra que arrancaron a la montaña de granito.

Fue uno de los viajeros del espacio, mucho antes de que naciera Ireka, quien sugirió la creación del templo megalítico.

»—Necesitamos un punto de referencia astronómico para llegar hasta vosotras —había dicho aquella especie de «dioshombre»—. Desde el cielo, todo se ve igual… Mares dilatados… Selvas dilatadas… Uno pierde el tiempo buscando vuestra moradas.

Su madre se lo contó así:

—El hombre nos mostró la piedra. Señaló las vetas por las que debíamos introducir las cuñas de sílex. Así desgajamos los grandes bloques y los pulimentamos, de acuerdo con sus instrucciones. Luego, volvió él con su máquina voladora, y los cables de acero levantaron las enormes piedras, llevándolas al lugar donde se elevan ahora.

«Primero colocó las piedras verticales, o sea, los menhires. Luego construyó los dólmenes y los *cromlechs*. La potencia de su máquina es increíble. Nosotras, ni siendo mil veces más de las que somos, habríamos podido mover las piedras. Su máquina las levantaba como si fuesen guijarros, y las trasladaba al calvero, donde ahora está el templo que nos protege del rayo durante las tormentas.

Bali vio de pronto el calvero y las enormes piedras.

—¡Ya estamos llegando, Ireka!

—¡Oh, sí! —exclamó ella, al reconocer el paraje familiar donde se desarrolló su niñez—. ¡Hace tanto tiempo que no veo a mi madre!

—Cuatro años, Ireka. Cuatro veces ha venido el frío, la primavera y el verano, y cuatro veces se han deshojado los árboles.

—¡Me ha parecido muchísimo menos tiempo, Bali! —respondió ella.

—¿Por qué?

—Tal vez sea por las maravillas que he visto en tu casa, entre los hielos. Tu padre, cuando vivía, me maravillaba a cada instante.

Bali evocó la venerable imagen de su padre y una lágrima afluyó a sus ojos.

—Fue un gran hombre, Ireka. Sujétate, vamos a descender.

Bali, seguro de sí mismo, joven y fuerte, dominó la máquina y la hizo descender, hasta situarla a menos de veinte metros de donde se alzaran al cielo las gigantescas piedras grises del templo de Euros.

Inmediatamente, de entre los árboles surgieron numerosas mujeres vestidas con pieles finas, que llevaban guirnaldas de flores sobre el cabello negro y sonreían con gracia.

Capítulo III

PRETÉRITO PERFECTO

Karla, en cuyo rostro no parecía haber huellas del pasado, abrazó tiernamente a su hija y la besó en las mejillas y en la frente.

—¡Es mi hija! —exclamó, volviéndose a sus sonrientes compañeras—. ¿Te acuerdas de mi hija Ireka, hermana Drova?

—Sí. ¿Cómo olvidar a la elegida de Itxer y que partió a lejanos lugares para ayudar a un padre y un hijo necesitados? ¿Es este hombre alto, de ojos oscuros, el amigo de Itxer?

—Sí —dijo Bali, utilizando la lengua de las mujeres euros, que había aprendido de Ireka—. Mi nombre es Bali Gusik.

—¿Bali Gusik? —preguntó Karla.

—Significa «pequeño dios» de Gusik, madre —dijo Ireka.

—¿Y por qué has vuelto? Itxer nos dijo que posiblemente formarías tu propia tribu, en un mundo cubierto de hielos.

Bali sonrió.

—Venimos a pedir tu autorización, Karla.

—¿Mi autorización? ¿No es tuya mi hija, como cualquiera de nosotras lo somos de los hombres del cielo?

—Ellos vienen de lejanos mundos. —Bali habló solemnemente—. Vosotras sois sus mujeres, madres de sus hijos. Pero yo pertenezco a este mundo nuestro. No soy como ellos, aunque sí muy parecido.

—Has venido en una máquina que vuela, como ellos.

—Esas máquinas existen también en este mundo, Karla.

—Nosotras no las tenemos.

—No. Pero podéis tenerlas, si vais a las orillas del mar, donde viven los hombres y las mujeres de la Tierra. Estoy seguro de que gozaréis de mucha admiración, porque vuestras figuras son bellas y vuestra salud es fuerte.

—¿Viven hombres y mujeres juntos? —preguntó otra.

—Sí —contestó Bali—. Y tienen casas modernas y confortables, con agua dirigida por tuberías de hierro, luz eléctrica, para disipar las tinieblas de la noche, diversiones y recreos.

—¿A qué distancia de aquí están esos lugares? —preguntó Drova, interesada.

—Muy lejos, yendo sobre vuestro pie —dijo Ireka—. Pero nosotros hemos venido en pocas horas con el «comet» de Bali.

Fue la madre de Ireka, la que, sacudiendo la cabeza, dijo:

—No, hermanas; nosotras no podemos abandonar nuestros bosques

ni la protección del templo. Nuestros hombres navegan por el cosmos y desean encontramos aquí cuando llegan.

»Ahora tenemos veinte niños de dos años para entregarles. Deben ser educados en sus leyes y costumbres, como auténticos viajeros del espacio. Las niñas las conservamos con nosotras y son educadas para ser buenas madres.

—Es que no es justo lo que los «vulkios» hacen con vosotros —dijo Bali—. Y no lo digo porque les odie, sino todo lo contrario, ya que son amigos míos, y antes lo fueron de mi padre.

»Ellos no quieren mujeres a su lado. Así, las tienen en los diferentes mundos adonde llegan. Permanecen con ellas unos días, y luego se van. No se detienen nunca más de una semana. Llevan la inquietud viajera en sus venas.

—Son nuestros amos y señores —habló otra mujer en tono resignado.

—En Fatos, por ejemplo, las mujeres viven con los hombres, formando familias. Las mujeres cuidan de los hijos y los educan en escuelas. Los padres trabajan en las fábricas, oficinas y comercios, y con el dinero que ganan atienden a las necesidades de su familia.

Estas declaraciones sorprendieron a las mujeres de las selvas del Euro. Y como si no fueran capaces de creerlo, una preguntó a Ireka:

—¿Es eso cierto, Ireka?

—Pues... Yo no he estado allí. Pero es cierto. Lo he visto en las pantallas mágicas de Bali. Y he podido ver sus teatros, donde hombres y mujeres representan escenas que nunca han ocurrido. Y he visto sus competiciones deportivas, sus fábricas, sus grandes almacenes, donde se pueden adquirir ropas como éstas que llevo.

Las ropas que vestía Ireka, frescas, ligeras, de llamativos colores, habían despertado el interés de las que se vestían con pieles. Incluso las tocaron, sorprendidas.

—Esos pueblos están civilizados —añadió Bali—. Y volviendo a lo principal, yo deseo a Ireka por esposa.

Karla no parecía haber comprendido aún.

—Ireka te pertenece. Es tuya.

—Entiéndeme, Karla —agregó Bali—. Antes era mi sierva. Nos la ofreció Itxer para que ayudase a mi padre y a mí. Mi padre ha muerto. Yo he tomado afecto a Ireka y la quiero como los hombres de mi raza quieren a sus mujeres, no como los «vulkios» os quieren a vosotras.

—¿Hay diferencia? —preguntó Karla.

—Mucha. Ireka vivirá siempre conmigo y donde yo vaya irá ella.

—¿En tu nave? —preguntó Drova.

—Nosotros no viajamos tanto como los «vulkios». Somos

sedentarios, como vosotras —aclaró Bali—. Pero iré a vivir a la gran ciudad de Fatos, en una casa muy alta, rodeada de jardines colgantes.

—No sé qué decirte, Bali —dijo Karla—. No es costumbre que nuestras hijas se vayan. Ireka se fue con Itxer… De no haber vuelto… Bueno, ¿para qué necesitáis mi permiso? Ahora me ponéis en un compromiso.

—¿No te lo dije, Bali? —insistió Ireka—. Así somos. Hemos de permanecer aquí, esperando, a que venga uno de ellos y elija a la mujer que más le guste. Hemos de tener hijos de distintos padres, porque esa es la costumbre. Y tenemos que ser complacientes con todos, como hacen las mujeres que se pintan la cara de blanco, en las ciudades del Mediterráneo. Pero ellas reciben dinero por el amor que dan. A nosotras no nos dan nada, excepto píldoras para que seamos fecundas.

—¿Quién te ha mandado volver, Ireka? —preguntó Karla, muy seria—. Te fuiste por deseo de Itxer. Es bastante. ¿Y vienes ahora a que yo te autorice a vivir fuera de nuestras costumbres? ¿Por qué?

Bali miró en torno suyo. Había allí más de doscientas mujeres, a cuál más hermosa, ni demostrar ninguna tener más allá de veintitantos años. Y no encontró comprensión en ninguna. Las había sorprendido con su relato de las ciudades terrestres. Nada más. No comprendían que una mujer pudiera vivir siempre en compañía de un hombre, criar sus hijos varones, como si fuesen mujeres, y tener todas aquellas cosas que Bali decía.

—Si Itxer me dio a Bali Gusik, soy suya —habló Ireka.

—Yo no te he dicho lo contrario —replicó la madre—. Pero tampoco te autorizo a que seas mujer de él. Eso no está en nuestra condición.

—¿Porque habéis vivido siempre así? ¿Es que no sabéis que la vida no es como vosotras la habéis formado? ¡Es preciso decirle a los «vulkios» cuando vengan que Dios hizo a la mujer compañera del hombre, como en los bosques habéis visto a las gacelas y los antílopes! ¡Que la procreación no lo es todo y que tanto derecho tiene la mujer como el hombre!

Bali Gusik dejó atónitas a todas aquellas hembras. Si en aquel instante el cielo se hubiese nublado y rugido el rayo con furor, ninguna se habría sorprendido. Habría sido un castigo merecido, por escuchar siquiera a aquel individuo del sexo opuesto que sabía su lengua, como un «vulkio», pero que vivía en aquel mismo planeta.

Pero el cielo azul no se nubló. Y las mujeres del Euros se alejaron, ocultándose entre los grandes árboles, y dejando a Bali a solas con Ireka y su madre, que no se atrevía a marcharse también.

* * *

Bali alzó la cabeza y contempló la enorme piedra plana que se sostenía sobre otras dos erectas. Había treinta de aquellos arcos, situados en círculo, sobre la tierra lisa y dura.

En el centro del círculo estaba el templo propiamente dicho. Eran piedras, formando paredes, una a continuación de otra, sobre las cuales descansaban enormes bloques pétreos. Debajo formaban un túnel de cuatro metros de ancho por otros tantos de altura.

Allí se refugiaban las mujeres del Euro cuando el cielo se enfurecía, o cuando se acercaban las grandes fieras.

En el interior del templo, sobre el ara, estaba el arca que contenía el talismán sagrado. Sólo una mujer podía abrir el cofre sagrado y empuñar el objeto metálico.

En aquella tribu de mujeres de piel rosada había establecida una jerarquía, la cual se relevaba, en una sencilla ceremonia, cuando, una vez al año, el sol penetraba por un agujero del techo y daba directamente sobre el arca.

Bali sabía que el talismán era un arma de rayos cósmicos, altamente paralizantes, cuyas vibraciones magnéticas inmovilizaban los centros nerviosos de los hombres y los animales.

El dominio de aquellas ondas había dado gran poder a los «vulkios», quienes regalaron a las mujeres de Euro el arma para que pudieran defenderse de las acechanzas del medio ambiente en que vivían, siempre en soledad.

Y ellas utilizaban el «talismán» para defenderse, incluso de cazadores y viajeros extraños que, de vez en cuando, pasaban por allí.

Al pie de las altas e impresionantes piedras, Bali cerró los ojos.

Su mente se centró en una idea concreta. Necesitaba localizar a uno de los «vulkios», que debía encontrarse viajando por el cosmos.

Su ejercitada mente no tardó mucho en establecer contacto, como si se tratase de un sintonizador de radio. Encontró a un hombre, precisamente, que exploraba un cráter de la Luna.

—Soy Bali Gusik. ¿Puedes captar mis ondas?

—Oh, sí —fue la lejana respuesta del «vulkio»—. ¿Dónde te encuentras, Bali Gusik? ¿Quién eres?

—Soy amigo vuestro. He residido en los Montes Himalayos, con mi padre, en la Tierra —dijo Bali, mentalmente—. Uno de los vuestros, Itxer, nos proporcionó la compañía de una muchacha euro. Ahora necesito de vuestra ayuda para que Ireka sea mi esposa.

Bali captó perfectamente la diversión que se formó en la mente de su detectado a distancia.

—Rara petición, Bali. Si alguien toca una de nuestras mujeres, será aniquilado.

—Yo, no, Estarko.

—¿Por qué tú no?

—Soy un mago terrestre. ¿No te das cuenta?

—Nosotros podemos destruir ese planeta, con magos y todo.

—Debes ser un «vulkio» ignorante, Estarko. Te repito que soy amigo vuestro. ¿No sabes quién es Itxer? Es uno de vuestros jefes.

—Yo no conozco a todos los «vulkios» viajeros. Sin embargo, avisaré a nuestro centro de control y expondré tus deseos... ¡Qué absurdo! ¿Por qué, si eres un mago, no tomas a esa mujer y te la llevas?

—Quiero respetar nuestra amistad.

—Admito que es un rasgo de confianza. En cuanto me haya puesto en contacto con el control, tomaré mi nave y viajaré hasta las selvas del Euros. Deseo conocer a un mago terrestre.

Bali desconectó su mente y caminó a través del calvero hacia los grandes árboles, en cuyas ramas habían construido las mujeres sus alojamientos.

Siguiendo la influencia mental de Ireka, llegó hasta un enorme baobab, de frondoso ramaje. Había adosada al tronco una ancha y sólida escalera por la que subió. Antes de llegar a la plataforma, oyó las voces de Ireka y su madre.

Karla estaba diciendo:

—¿Es su poder mayor que el de nuestros hombres?

—Mucho mayor, madre.

—Es raro. Nadie hay superior a los «dioses» que nos eligieron.

—Bali es un hombre que ha estudiado la poderosa ciencia de su padre. Puede, si lo desea, hablar con nuestros antepasados, los espíritus. Y hasta traerlos aquí.

—¿Puede hacerlo?

—Sí, madre.

—Recuerdo vagamente a mi abuela Eltra. ¿Puede él hacerla venir, para que la vea?

—Sí, puede.

—Dile que lo haga.

Bali asomó a nivel de la plataforma de troncos y ramajes. Ireka y su madre estaban sentadas en rústicas sillas de tiras vegetales entretejidas, que pendían de lianas. Tenían una mesita entre ellas, sobre la que había alimentos, refrescos y frutas.

El techo, para guarecerse de la lluvia, estaba formado por hojas de un árbol raro, llamado «etkle», que formaba una cubierta como la de

las tejas, y se apoyaba en un entramado de sólidas cañas. Tenía paredes de alfombra vegetal y mobiliario rústico y primitivo.

Cada uno de aquellos albergues poseía dos o tres alcobas, y la mejor de todas estaba destinada única y exclusivamente para cuando llegaban los «vulkios». Los tálamos eran cómodos, blandos, calientes y acogedores. Las mujeres no utilizaban estos aposentos especiales nada más que en contadas ocasiones.

—¿Quieres ver de nuevo a tu abuela Eltra, Karla?

—Dice Ireka que puedes hacerla volver del reino de los muertos.

—Sólo en espíritu, y si ella lo quiere. Puede estar enojada contigo y no desear venir.

—Mi abuela no puede estar enojada conmigo —replicó Karla dignamente.

—Está bien. Voy a concentrarme. Debéis ayudarme las dos, pidiendo con ahínco, que ella venga.

Bali se sentó sobre la alfombra de hojas y cruzó las piernas. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Su mente se transformó en un selector dimensional, bloqueándose el estado consciente y surgiendo en él todo el poder acumulado con los ejercicios constantes, durante años.

—Ya he visto a Eltra. —Bali habló con los ojos cerrados—. Está flotando en la inmensidad de la sexta dimensión. No hay criatura cerca de ella... Está sola, porque fue envidiada mucho por su hermosura...

—¿Sola? —preguntó Ireka—. ¿Qué significa eso?

—Ella fue feliz en vida... Ahora ya no lo es... Es ley de compensación... ¡Sí, quiere venir a ver a su nieta Karla! ¡Ya viene! No os asustéis... Ahí está.

Delante de las dos mujeres se materializó una figura vestida como solían ser enterradas las mujeres del Euros.

Poseía una extraordinaria belleza y, como todas las de su raza, no estaba deformada, marchita ni tenía arrugas en la piel, representando poco más de veinte años.

—¡Abuela! —exclamó Karla.

—No te levantes, Karla. Ella está aquí, pero sólo en espíritu. Es mi poder mental quien materializa lo inexistente —declaró Bali, con voz suave—. Podéis hablarle, no obstante.

—¿Te acuerdas de mí, abuela Eltra?

—Claro que sí, Karla. Eres hija de mi hija Armak. Teníamos mucho éxito entre los «hombresdioses» de Vulkia, porque nuestros dientes eran blancos y nuestros cuerpos estaban perfumados con esencias naturales.

—Sí, abuela. Todavía tengo los frascos, y de vez en cuando voy al bosque y recojo la flor del «isax».

—Exacto, Karla. ¡Cómo añoro mi existencia! Yo cuidé a tu madre cuando tú naciste. Vino a verla el mismo «vulkio» que me visitó once veces seguidas... Kakses ha muerto. Su nave tropezó con un meteoro sideral y pereció. Pero era apuesto, valiente y decidido.

«En aquella ocasión vino a verme a mí. Pero la descubrió, mirando entre los ramajes, y la agarró por una oreja. ¡Tu madre era tan bonita como yo!

—¿Qué fue de ella? Apenas si la recuerdo, abuela.

—Armak huyó de nuestro lado. Ahora sé que murió, al caer por un precipicio. Se fue y no volvió.

—¿La has visto?

—Sí. Está en una dimensión distinta a la mía. Pasarán miles de siglos hasta que podamos reunimos todos en el más allá eterno y absoluto. Yo no debo...

La visión desapareció bruscamente, y Bali abrió los ojos, como sobresaltado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estaba Eltra revelando secreto del futuro, acaso?

—Sí —respondió Ireka, impresionada—. Nos ha dicho... ¡Oh, ya no me acuerdo!

Bali había hecho que su mente borrase de las mentes de las dos mujeres lo que acaban de oír. Él sabía que no podían hacerse ciertas revelaciones procedentes del Más Allá.

—Vengo de hablar con Estarko, un «vulkio» que se encuentra en la Luna. Es algo insolente, pero su control le dará órdenes. Él vendrá pronto y su orden que Ireka Zamun puede venir conmigo a Fatos.

—¿Estarko? No he oído ese nombre —dijo Karla—. Jamás ha venido aquí nadie con ese nombre.

—Pues vendrá... ¡y pronto!

Efectivamente, Estarko llegó tres días más tarde. Nada más posar su nave junto a la de Bali, saltó a tierra, equipado con el traje plateado de los «vulkios», y dirigió la mirada en torno, como hacían sus hermanos para elegir mujer.

Al ver a Bali, avanzó hacia él. Y no se extrañó de oír su misma lengua en labios del terrestre.

—¿Eres Estarko?

—¿Y tú Bali Gusik? Mi control me ha ordenado venir a ponerme a tu disposición. Parece que te conocen muy bien y te temen.

—Me respetan, Estarko. No infundo temor a los «vulkios».

—Gracias. Temí que estuvieses enojado conmigo... Desde luego,

puedes llevarte a la mujer que quieras. Nadie se opondrá. Yo lo mando en nombre de mi raza.

Ninguna de las mujeres de la piel rosada replicó. Karla abatió la cabeza, sonriente. Y este gesto fue captado por el visitante, que se acercó a ella.

—¿Eres la madre de Ireka? —preguntó.

—Sí, Estarko.

—Me gustas. ¿Tienes el tálamo preparado?

—Siempre.

—Pues vamos. Quítate esas pieles… Adiós, Bali. Te deseo mucha suerte.

Capítulo IV

PODERES OPUESTOS

Bali estaba sentado frente a Ireka en un famoso restaurante de Fatos, cerca del mar. Era un lugar público, moderno y acogedor, especializado en comidas marinas.

El edificio se sostenía por dos arcos en herradura, de doscientos metros de altura. Su techo era una plataforma para «comets», asistida por técnicos. Se bajaba al comedor-terraza por medio de cintas sin fin y ascensores.

En aquellos momentos, el local estaba muy concurrido. La flor y nata de la megápoli parecía encontrarse allí, hombres y mujeres de la mejor sociedad, pero el centro de la atracción general era Ireka, vestida con una elegancia exuberante, desnuda su espalda rosada, cuya piel fascinaba a los hombres, cuidadosamente peinado su cabello negro, y luciendo una diadema de piedras refulgentes. Sus brazos, cuello y piernas también estaban adornados con joyas exóticas.

Bali y su mujer habían entrado cuando el salón de moda se encontraba casi lleno. Tenían una mesa reservada en lugar destacado. Acompañados por un «maitre», sortearon el bello conjunto de mesas, siendo objetos de expectación general.

Desde luego, no había allí ninguna mujer como Ireka... Pero tampoco nadie como Bali, que vestía una casaca plateada y un turbante de hilo dorado, con una cadena de piedras azules que sostenían sobre su frente un zafiro de colosal tamaño.

Bali Gusik era apuesto, gallardo, viril y atrayente.

A su paso, muchas personas cuchichearon:

—¿Quién es esa pareja? ¿De dónde han venido?

Alguien, situado en un rincón, dijo a sus acompañantes con aire de suficiencia:

—Yo les conozco. Han venido a vivir al mejor edificio de la ciudad y ocupan una planta elevada, rodeada de jardines. Tienen sirvientes extranjeros... Deben ser príncipes de Tarseo o de Abigan.

—¡Ella es maravillosa! —señaló un hombre.

La acompañante de éste le golpeó la pierna, por debajo de la mesa, preguntando:

—¿Qué tiene ella que no tenga yo, Grokko?

—¡Ay...! ¡Nada, querida!

Bali e Ireka no estaban allí para exhibirse ante la elegante sociedad de Fatos, sino para algo concreto, que él había ideado, a fin de iniciar

su lucha contra el sabio Askida. Y como para ser un mago metapsíquico era preciso demostrarlo, Bali eligió aquel famoso restaurante, el día que estaba más concurrido.

Sonaba una música suave, interpretada por una orquesta situada en distintos planos de cristal, sobre los comensales. La gente charlaba animadamente.

Bali y su esposa, ante la mesa mejor servida del local, pues habían pedido cosas extraordinarias y deslumbrantes, y que ni siquiera los «maitres» sabían que existieran en las despensas del restaurante, estaban consiguiendo lo que se proponían.

Pero, llegado el momento decisivo, Bali se puso en pie y dio una palmada, con lo que cesó la música. Todos los rostros se volvieron hacia él, sorprendidos.

—Ruego la atención de todos ustedes, señoras y caballeros. No soy un número de espectáculo, pagado por la empresa, para recrearles la comida. Mi nombre es Bali Gusik, y ésta es mi esposa Ireka.

»Estamos aquí porque debo demostrar a los sabios de la isla de Sokros que mi poder metafísico es más grande que el de Ammon Askida. Por esto les ruego que nadie se asuste. Todo cuanto consuman ustedes aquí hoy lo pagaré yo con joyas auténticas, obtenidas por mí de una montaña mágica, cuyo secreto no revelaré jamás.

«También les regalaré a todos un diamante de ochenta quilates y que materializaré delante de sus ojos. No crean que es sugestión colectiva, ni magia hipnótica. Se trata de un fenómeno de teleportación masiva y natural, autorizada y comprobada por el banco «Stekkes», de esta megápoli, cuyos empleados han comprobado la pureza de esas piedras.

Al decir esto, Bali hizo un gesto ampuloso con las manos.

¡Un grito de admiración general pobló el establecimiento! ¡Delante de cada comensal se había materializado una piedra preciosa de grandes dimensiones!

Hubo quien retrocedió, temiendo que fuese magia maligna, y quien se apresuró a tomar la joya, cuya pureza no podía ser puesta en duda.

—Son diamantes tallados y pulidos por los mejores artífices hindúes de Kachastan —continuó diciendo Bali, sonriendo y volviéndose continuamente hacia todas partes—. Es un regalo mío, que pueden conservar o vender, si lo desean. El banco «Stekkes» pagará veinte mil «ríes» por cada uno.

Con veinte mil «ries» se podía comer y cenar durante más de diez años seguidos en aquel moderno y famoso restaurante marítimo. El regalo era, pues, fabuloso, por lo que todos se apresuraron a aplaudir a Bali.

Cuando, largos minutos después, se apagaron los aplausos, Bali continuó diciendo:

—Naturalmente, la dirección del «Fatmar» no cobrará hoy a ustedes sus cuentas. Son mis invitados. Y deseo que, mientras se sirven los postres y la mermelada de langosta, vayamos todos juntos a dar un paseo por el fondo de la bahía... ¡Sin movemos de nuestras mesas, sin molestias, de modo maravilloso y sorprendente!

»Nada teman, por favor. Sólo pretendo que Ammon Askida oiga hablar de mí en su dorada isla de Sokros y la fama de mi poder llegue también hasta los sabios.

Sonrisas amables y escépticas aparecieron en los rostros de entre los comensales, que eran lo más selecto de las finanzas, la industria, el comercio y la política de la megápoli. A todos les pareció Bali Gusik un joven simpático. Y a todos les gustó su mujer, llamativa y extraordinaria. Pero ninguno creyó que Bali pudiera hacer lo que decía.

La sorpresa fue inmensa cuando los soportes que sostenían en el aire el moderno restaurante empezaron a descender hacia el mar y todo el local, herméticamente cerrado ahora, inició su inmersión dentro de las transparentes aguas de la bahía.

Ante el asombro general, Bali aclaró:

—No va a suceder nada.

—¿Y los «comets» que están en la azotea? —preguntó alguien.

—Tampoco les ocurrirá nada. Ni a los empleados. Esto es una simple traslación física preparada de antemano. No es irreal ni aparente, sino real. El local posee una estanqueidad perfecta. Lo he comprobado. Las ventanas resistirán la presión del agua... Vean, vean... Ya estamos casi sumergidos... ¿No es maravilloso estar comiendo en el fondo del mar? ¡Por favor, que toque la música!

Era algo increíble. Pero todo el enorme salón se iba hundiendo, hasta quedar cubierto enteramente por las aguas, sin brusquedades, suavemente. Y pronto aparecieron los peces a curiosear tras los cristales de aquel inmenso acuario humano.

La claridad de las aguas permitía ver las plantas submarinas, corales y madréporas de tonalidades casi mágicas. Bali había elegido bien el lugar de su experiencia.

Los camareros, como si nada ocurriera, sirvieron el postre, los helados, los licores y los elixires aromáticos, repartiendo luego cigarros por todas las mesas. Pero los aturdidos clientes apenas si se daban cuenta, absortos en la maravillosa contemplación del fondo del mar.

Alguien empezó a aplaudir entonces y todos los comensales

inundaron el local de aplausos, volviéndose hacia el artífice de aquella maravillosa obra de poder metafísico.

El espectáculo duró poco más de media hora. Luego, Bali hizo salir de nuevo el local del agua y lo colocó en sus arcos. Fue entonces cuando, todos de pie, le rodearon, tratando de estrechar su mano o al menos de tocarle.

Fue estrujado, casi aplastado contra la mesa. Tuvo que debatirse, en medio del fervor público, para poder respirar, hasta que optó, por medio de otro procedimiento psicomental, hacer que se retiraran sus admiradores, muchos de los cuales también trataban de abrazar a Ireka.

Formó así una especie de barrera magnética, insalvable, y agradeció las muestras de afecto y simpatía. Luego, tomando a Ireka del brazo, se dirigió a uno de los ascensores. La gente se apartaba respetuosamente a su paso.

Salieron y subieron a su «comet». Poco después emprendían el vuelo hacia su domicilio, en la parte más elegante de la populosa urbe oriental.

* * *

Ammon Askida recibió la noticia de aquella demostración cuando aún no había transcurrido media hora. Un amigo le llamó por videófono a la isla de Sokros, para explicárselo y mostrarle el diamante que Bali había materializado ante él.

—Nos invitó a comer a todos... Nos regaló este diamante y luego, no sé cómo pudo hacerlo, sumergió el «Fatmar» en las aguas de la bahía, con todos nosotros dentro.

—¡Eso es un truco fácil! —replicó Askida, con despecho—. Recurrió a la hipnosis colectiva.

—No fue así, Askida. Comimos durante el espectáculo, hablamos, vimos cosas que no habíamos visto jamás... Y por este diamante me dan veinte mil «ríes»... Nos dijo que lo hacía para que tú oyeras hablar de él.

—¿Dijo llamarse Bali Gusik?

—Sí, eso dijo. Y la mujer que le acompañaba, que nos presentó como su esposa, es extraordinaria.

—¿Está casado?

—Eso dijo.

—¿Cómo es su mujer?

El informante hizo una descripción de Ireka Zamun, cuya imagen no había olvidado Ammon Askida.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a ese extraño matrimonio? —preguntó el sabio de Sokros.

—He oído decir que habitan una planta elevada, en el mejor barrio de la urbe. Pero no sé exactamente dónde.

—Gracias, amigo mío. Creo que iré hoy mismo a Patos. Quiero conocer personalmente al que pretende usurpar mi puesto. Confío en que, después de hablar conmigo, no tenga ningún interés en sustituirme.

Ammon Askida cortó la conversación videofónica y se retrepó en el asiento de su inmenso despacho, donde reinaba una tenue penumbra. Entornó los ojos y trató de concentrarse.

Pensó en que tenía cerca de sesenta años. Doce años antes, él había hecho demostraciones metapsíquicas extraordinarias, logrando arrebatar el puesto al padre del individuo que ahora venía a retarle a él.

Askida era inteligente. Estaba a punto de obtener el Alto Sitial de Sokros. Iba a despojar de su alta dignidad al sabio matemático Hawi. Sus maquinaciones estaban a punto de fructificar.

La intromisión de Bali Gusik, era, por tanto, un contratiempo.

Él no creía que el hijo de Gusik fuese mejor mago que él. Gustaba de llamarse mago a sí mismo. Doctor en metafísica o metapsíquica no le satisfacía.

Todas sus experiencias las utilizaba valiéndose de los poderes extrasensoriales de su mente, pero ayudado por sustancias químicas, cuyas propiedades estudiaba en secreto.

Askida había penetrado muy hondo en el subconsciente. Había hecho descubrimientos sensacionales, que no podía compartir con nadie. Siempre trabajaba solo. La experimentación práctica la solía realizar lejos de Sokros, en lugares remotos, donde nadie le conocía. Cuando había estudiado y comprobado un fenómeno mental, lo realizaba ante sus colegas de Sokros.

Sólo había fracasado cuando trató de materializar a Ireka Zamun. Entonces se dio cuenta de que había sido víctima de una añagaza telemental y él mismo fue sujeto de experimentación. Al despertarse, después de haberse ido Ireka, le dijeron lo que había ocurrido. No quiso hacer comentario alguno. Se encerró en su santuario, donde estuvo rumiando la manera de desbaratar los proyectos de Bali Gusik.

Encontró varios medios, tan esotéricos y extraños como su propia mente, pero no fue capaz de localizar a su enemigo, por mucho que se esforzó, como si Bali se hubiese protegido contra teleinterferencias mentales.

Pero ahora sabía dónde estaba Bali y decidió hacerle una visita

preliminar, para establecer contacto. Dos fuerzas mentales antagónicas debían conocerse antes de actuar una contra otra. Askida no quería cometer errores. Era lo suficientemente inteligente para no menospreciar a nadie.

Luego, cuando hubiese «probado» el poder de su rival, actuaría.

Por esto, abandonó el santuario, tomó el «comet» que tenía en el hangar subterráneo, y, sin consultar con nadie, emprendió viaje a Fatos.

No llegó a su destino. Misteriosamente, su aparato volador se detuvo en el aire, a cinco mil metros sobre el mar, precisamente en el momento en que otra nave se acercaba... ¡Y el otro aparato volador, también contra toda ley natural, se detuvo en estado de perfecta ingravidez, a pocos metros del suyo!

Ammon Askida poseía la facultad de no sorprenderse de nada. Intuyó en el acto lo que ocurría. Y no se extrañó en absoluto, cuando la compuerta de la otra nave se abrió y apareció el elegante Bali Gusik... ¡quien caminó en el aire para acercarse a su nave!

Askida sonrió, abrió también su compuerta e hizo lo mismo que el otro: ¡salir y quedar de pie, flotando en el aire!

—Buenos días, Ammon Askida —saludó Bali, sonriendo y haciendo un gesto con la mano, que llevó del pecho a la boca y luego a la frente.

—Buenos días, Bali Gusik. Iba a verte.

—Lo sabía. Hace horas que estoy leyendo a distancia tus pensamientos. He creído un deber ahorrarte la mitad del viaje.

—¿Y hacerme una demostración de tus poderes?

—Supresión de gravedad por inmersión intermedia de dos planos metafísicos.

—Lo sé, Bali —dijo Askida seriamente—. Un grado más de poder, y nos veríamos envueltos en la oscuridad de otra dimensión.

—Exacto, Askida. Sé que, además de embaucar todo lo que has podido, también te preocupa la investigación científica. Eso es loable.

—Creo que debemos dejamos de elogios y circunloquios para ir directamente al grano. ¿Qué es lo que te propones regalando diamantes a la gente y llevándola a que vea las maravillas del mundo submarino?

—Llamar la atención de los hombres importantes e influyentes e Fatos. Eso es obvio.

—¿Quieres enfrentarte a mí?

—Sí.

—Bien. Yo me enfrenté a tu padre y lo vencí.

—¡Jamás hiciste eso, Askida! —declaró Bali solemnemente—. Mi

padre no fue vencido, sino engañado con trucos que tú aprendiste de los hechiceros y brujos de otros mundos. No fue ciencia exacta.

—Las ciencias del hombre no son exactas, Bali Gusik. ¿Por qué no replicó tu padre?

—Mi padre no podía replicar a tan enorme farsa. Se retiró modestamente, como verdadero sabio, y estudió uno por uno todos los fenómenos que realizaste. Descubrió que, en efecto, posees ciertos poderes ultra sensoriales. Un adecuado entrenamiento puede hacer que los posea cualquier hombre.

»Pero tú supiste combinar hábilmente esos poderes paranormales con procedimientos fraudulentos, recurriendo a la química, a la hipnosis y a la sugestión.

»Y mi padre no fue capaz de comprenderlo entonces, porque te habría desenmascarado.

—¿Puedes hacerlo tú?

—Sí, puedo, Askida. Date cuenta dónde estamos. Mira abajo y verás el mar... Aquellas islas están a diez kilómetros... Gravitamos en el aire, sin peso, igual que nuestros «comets». ¿Y qué significa esto? ¿Te estoy sugestionando, Askida?

—No, admito que tus poderes extrasensoriales son fidedignos. El hombre puede dominar y hasta vencer a las fuerzas ciegas de la naturaleza. Somos poder racional. Está en nuestros cerebros y no se requiere un gran esfuerzo para conseguirlo.

—¿Puedes hacerlo tú?

—Sí —contestó Askida—. Y sin trucos.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, como tratando de vencer mutuamente el muro defensivo alzado por sus mentes, en presencia del peligroso adversario.

Ambas barreras impedían captar lo que cada uno de ellos estaba pensando. Askida se dijo que, directa y personalmente, no podría vencer a Bali Gusik.

—Tengo el presentimiento de que tú no aspiras a la gloria de un puesto inmortal en la isla de Sokros —dijo Askida.

—En realidad, no. Quiero la reivindicación a la memoria de mi padre.

—Eso es. Pero tu padre ha muerto. Él no puede ser reivindicado en vida. Todo lo que hagas en su beneficio recaerá en beneficio propio tuyo. Si logras vencerme ante los sabios, no habrás reivindicado a tu padre, sino que habrás demostrado ser superior a mí. Y como yo fui superior a él, tú eres mejor que todos.

—No, Askida; no trates de envolverme en tu dialéctica. Mi padre me preparó bien, allá en los Montes Himalayos. Estudié ciencias

metafísicas durante doce años, ininterrumpidamente. Y conozco casi todas tus supercherías.

»Quiero que tú mismo señales la fecha de la demostración pública, ante los sabios. Nada más.

—¿Por qué no hacemos, entre los dos, que regrese tu padre del más allá?

—El espíritu manda sobre la materia, Askida. Pero los muertos pertenecen a otros mundos. No. Habrás de enfrentarte a mí, al hijo de Grok Gusik... ¡Y tendrás que reconocer la verdad de mi auténtico poder! ¡Quiero que conozcas la amargura de la derrota!

—¡No! ¡Lucharé para impedirlo!

—¡Y yo lucharé con todo mi poder para derrotarte, Askida!

—¿No hay, pues, posibilidad de avenencia?

—No, a menos que te retires de Sokros y confieses tus fraudes.

—¡Piensa en la muerte, Bali Gusik! —amenazó Askida, furioso.

—No te temo. Mis poderes son superiores.

—¡Eso ya lo veremos!—replicó Askida, dando media vuelta y regresando al interior de su «comet».

Un instante después, las dos naves se separaban.

Capítulo V

LA MALDICIÓN DE LA MENTE

—¿Puedo hablar contigo, Hawi?

—Hola, Askida. Sí, naturalmente. ¿De qué se trata?

—He visto y hablado a Bali Gusik.

—¿El hijo de...?

—Sí.

—¿Te ha retado a una demostración científica?

—Sí.

—Debes acceder. Ya sé que ha estado haciendo alardes increíbles, en Fatos.

—De todo eso quería hablarte, Hawi.

—¿Quieres que vayamos a mi despacho?

—Sí, lo prefiero. Es muy confidencial lo que tengo que decirte.

Estaban ante el Palacio Central, sobre el césped verde de un bien cuidado jardín. Sólo tuvieron que acercarse a una de las pistas móviles y, charlando de vaguedades, dejarse conducir hasta el recinto interior. En uno de los vestíbulos, tomaron un ascensor inclinado. Minutos después, la secretaria del matemático Hawi les saludaba en el antedespacho.

—Que no nos moleste nadie, Kaira.

—Sí, señor —replicó la muchacha.

Hawi, como tribuno del Alto Consejo Científico, poseía un despacho circular, de amplias ventanas, desde las que podía contemplar toda la isla de Sokros, los edificios que ocupaban los sabios y los jardines adyacentes. Era aquel lugar extraordinariamente privilegiado.

El mobiliario y la decoración interior era fastuoso, propio de quien ostentaba el más alto cargo científico de un mundo civilizado y técnico. La biblioteca, empotrada en el suelo, funcionaba por medio de circuitos electrónicos. Los asientos eran orto-anatómicos, de suerte que con dejarse caer en uno de ellos, el ocupante podía adoptar todas las posiciones que quisiera, hasta situarse cabera abajo, si era preciso.

Hawi indicó a Askida uno de aquellos sillones, ante una ventana abierta. Hizo aparecer una mesa, que brotó del suelo, abriéndose su superficie, como los pétalos de una rosa, y mostrando toda clase de bebidas.

—Puedes tomar lo que quieras, Askida. ¿Te apetece un refresco de miel y vino, con fresas?

—Sí, gracias, Hawi.

El anfitrión tomó dos altos vasos, conservados a baja temperatura, y los llenó con el refresco. Dio uno a Askida y él tomó otro, sentándose luego frente a su colega.

—No quiero causarte molestias, Hawi —empezó a decir Askida, después de ingerir el primer sorbo de brebaje—. Pero he hablado con el físico Awason y cree, como yo, que quien ocupa el Alto Sitial, no puede ser relevado por nadie.

—Esa costumbre se estableció hace años, Askida. Pero yo, que ocupo al Alto Sitial, no tengo inconveniente en enfrentarme a cualquier matemático joven que aparezca.

—La matemática es experiencia continua, Hawi. Nadie puede saber más que tú de los misterios exactos, porque tienes ochenta y seis años de experiencia y estás muy por encima de todos los educadores de Fatos y Kuala.

—A pesar de eso, no me opondría a un enfrentamiento. Y dejaría mi sitio a otro más estudioso.

—No, Hawi. Ha dicho Awason, que, si alguien te supera en ciencias exactas, no por ello ocupará el Alto Sitial. Ocupará tu puesto de matemático. El Alto Consejo Científico debe nombrar tu sustituto.

Hawi bebió un trago de brebaje y sonrió.

—No veo a dónde quieres ir a parar. ¿Acaso aspiras a mi puesto?

—Sí, Hawi.

—He oído decir que posees méritos suficientes para ello. Pero en el asunto de la materialización de aquella joven de piel rosada...

—Los metafísicos sabemos que existen fluidos cósmicos que todavía no podemos controlar.

—Muy cierto.

—En aquella ocasión, ocurrió un fenómeno que estoy estudiando con interés. Desde luego, ese Bali Gusik posee una preparación muy sólida.

—Sí, lo creo. Su padre estuvo aquí muchos años.

—Nació antes que yo.

—Cierto.

—No nos apartemos del tema, Hawi. Volvamos al principio. Si yo ocupo el Alto Sitial, tengo derecho a negarme a una confrontación.

—Derecho, sí. Pero nosotros somos auténticos sabios, Askida.

—¿Sabes lo que es la metafísica?

—Tengo vagos a inconcretos conceptos.

—Es todo lo que está más allá de nosotros mismos. Creo que es la ciencia más desconocida que existe, pero, cuando esté dominada, podrá gobernar los principios de todas las demás ciencias.

—Puede ser.

—Pues bien, Hawi. Cualquier embaucador puede utilizar sus escasos poderes extrasensoriales y haceros creer que sabe más que yo.

—¿Y tú no puedes desenmascararle?

—A veces, no es posible.

Hawi entornó los ojos y musitó:

—Puedes estar tratando de hipnotizarme, ¿verdad?

—Puedo hacerlo, pero no lo hago.

—¿Soy libre de pensar?

—Sí.

—Entonces, pienso que tú pudiste hacer eso mismo con Grok Gusik.

—Puedes pensarlo y hasta creerlo, si te parece, Hawi.

—¿Y temes que Bali Gusik pueda demostrar delante de todos nosotros que fue así? He oído decir que sueles utilizar drogas y humos misteriosos en tus experimentos.

—Sí, a veces.

—¿Qué te propones, Askida?

—Seré sincero. Quiero ocupar el Alto Sitial e impedir que Bali Gusik me rete públicamente.

—El Alto Sitial está ocupado, Askida —dijo Hawi seriamente.

—Pronto habrá relevo del cargo.

—No, mientras yo viva.

—Puedo eliminarte, Hawi. Y también puedo demostrar a todos nuestros sabios hermanos que poseo mayor dominio que tú sobre las matemáticas.

Hawi no se inmutó ante la abierta amenaza del otro.

—La muerte no me asusta. Pero ello no te permitirá ocupar mi sitio. En cuanto a tu reto, lo acepto. Puede que aquella joven tuviese razón. Tú eres un farsante, Askida.

Ammon Askida no replicó. Estuvo unos minutos mirando a su interlocutor. Luego, musitó:

—Deja el vaso, Hawi.

El aludido obedeció maquinalmente.

—Estás profundamente dormido, Hawi. ¿Puedes oírme?

—Sí, te oigo.

—Escúchame atentamente. Voy a darte instrucciones, que nadie sabrá jamás. Cuando yo salga de este despacho, tú me acompañarás hasta la puerta y te despedirás amablemente, diciéndome esto: «Desde luego, Askida, si yo muero, tú serás el tribuno del Alto Consejo Científico»… Esto tiene que oírlo perfectamente la señorita Kaira. ¿De acuerdo, Hawi?

—Sí, de acuerdo —respondió el hipnotizado.

—Luego, permanecerás aquí una hora o más. Regresarás a tu domicilio y actuarás normalmente. A media tarde, empezarás a sentirte indispuesto. Percibirás primero un fuerte dolor en el pecho. Llamarás a Gafra y le dirás: «Es un ataque cardíaco, Gafra. Nada puedes hacer».

»Es un ataque cardíaco, Gafra. Nada puedes hacer —repitió Ammon Askida, con voz profunda y hueca—: Y añadirás: «Llama a Askida, pronto».

—Sí, comprendo.

—Yo debo acudir a tu lecho de muerte, porque debo sustraer de tu mente este influjo hipnótico, de lo contrario, alguien podría emplear el encefaloscopio negativo y averiguar que tu muerte se produce por sugestión externa. Las consecuencias podrían ser una monstruosa acusación de asesinato.

»¿De acuerdo, querido Hawi?

* * *

Bali Gusik salió de su despacho y miró a Ireka, que estaba sentada ante la pantalla de infravisión, contemplando un programa múltiple, procedente de seis emisiones distintas.

—El insigne doctor Hawi ha sido asesinado —dijo.

Ireka abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Asesinado?

—Sí... Pero llegaré demasiado tarde para demostrarlo... ¡Ammon Askida es más peligroso de lo que yo creía!

Ireka se puso en pie, demudada.

—¿Lo has visto?

—No me ha sido posible. Estaba conversando con Itxer, que se encuentra en un lejano mundo, lleno de corrientes magnéticas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo he presentido por hipersensibilidad. Podría explicar el método empleado por Askida... Hay una costumbre en Sokros... El tribuno del Alto Consejo Científico no puede ser relevado por nadie. Se sobreentiende que su puesto es vitalicio. Nadie puede sustituirle, ni aunque demuestre ser superior otra persona.

—Pero... No entiendo.

—Está claro. Askida ha matado a Hawi para sustituirle. Así, como tribuno del Alto Consejo, yo no puedo retarle, y menos hacer que se marche de Sokros.

—¡Pero Askida no es el tribuno!

—El cargo está vacante. Askida ha trabajado bien.
—¿Y le darán el puesto?
—No, si yo puedo impedirlo.
—¿Qué piensas hacer?
—No lo sé aún… Déjame pensar —dijo Bali, paseando por el salón, arriba y abajo—. Si pudiera ir a Sokros…
—¿Quién te lo impide?
—Allí no puede entrar cualquiera. Poseen medios de detección muy modernos.
—Pero tus poderes extrasensoriales…
—Necesito estar allí en persona. Un desdoblamiento no es correcto. Sé lo que va a ocurrir. Darán sepultura a Hawi. Luego, tendrán unos días de luto y oración. Después, se reunirá el Alto Consejo. Y Askida lo tendrá todo preparado para su elección.
—¿Quieres que vaya yo y acuse a Askida?
—No… ¡Espera! Ya lo tengo.
Bali se había detenido, con las yemas de los dedos en las sienes.
—¿Qué has pensado?
—Irá Estarko y acusará a Askida. Él es «vulkio» y su ciencia es temida y respetada. Dirá…
Bali dio media vuelta y regresó a su despacho, seguido de Ireka. Una vez allí, él se sentó ante un tablero, único en su género, que construyó su padre, en el laboratorio de los Montes Himalayos, y que llamaban el control telequinético de radiaciones cósmicas.
Había una especie de auriculares, de singular diseño, que Bali se colocó sobre la cabeza, de forma que numerosas cátodos y ánodos ayudaban al magnetismo de su mente, para poder enviar mensajes telepáticos intensos a lugares distantes.
En una pantalla central surgió una confusa imagen, cuando Bali manejó los controles.
—Estarko, óyeme bien. ¿Estás en Euro?
Ajustando los mandos, Bali pudo captar la imagen nítida del «vulkio» Estarko, sentado junto a una figura indiscernible.
—Sí. ¿Quién me llama?
—Soy Bali Gusik. He conservado tu registro de incidencia mental.
—¡Ah, Bali Gusik! —replicó el otro, sonriendo.
—Necesito que me hagas un señalado favor. ¿Puedes hacer un viaje hasta la isla de Sokros?
—¿En el mar civilizado de vuestro mundo?
—Exactamente.
—Lo siento, Bali Gusik. Esa región la tenemos vedada. Nuestro Centro de Control no nos autoriza injerencias en los asuntos de

pueblos civilizados.

—Esto es importante, Estarko. Tú eres el «vulkio» más próximo. Es preciso evitar que el Alto Consejo Científico cometa un error, cuyas consecuencias podrían ser graves para las relaciones interplanetarias.

»Incluso hasta vosotros podrían repercutir los acontecimientos que van a suceder en este planeta.

—Bueno, ¿de qué se trata?

Bali hizo un resumen de lo ocurrido en Sokros. Y terminó:

—El Alto Sitial está ahora vacante. Si lo ocupa Ammon Askida, graves prejuicios van a sobrevenir. Sé cómo es ese hombre y el terrible dominio que puede ejercer. Puede acabar con la paz, puesto que su ambición es inmensa...

—¿Y tú no puedes intervenir con tus poderes extraordinarios?

—Mis poderes están limitados. Sólo quiero mantenerme al margen y que Askida no sea elegido. Tú puedes presentarte en la reunión, que tendrá lugar después del funeral de Hawi, y decir que los «vulkios» se oponen al nombramiento de Ammon Askida.

—¡Pero eso es una interferencia en asuntos ajenos!

—Tú dirás que Askida ha matado a Hawi por medios hipnóticos.

—¿Y por qué no lo dices tú?

—Askida está preparado y prevenido contra mí... Por favor, Estarko. Si Itxer estuviese aquí, haría esto por mí. Yo no puedo presentarme en Sokros, sin consentimiento, ni siquiera valiéndome de medios extra sensoriales.

»Pero tú eres representante de un mundo temido y respetado. Vuestra ciencia es casi desconocida aquí. Lo que digas se escuchará con atención.

—¡Estoy con Karla y no quiero...!

—Si no haces esto por mí, Estarko, me comunicaré con Itxer y se lo diré.

—¡Está bien, Bali Gusik!—contestó el «vulkio» de mala gana—. Iré... Sé que Itxer te aprecia mucho. Explícame con todo detalle lo que debo hacer.

Bali sonrió y, durante unos minutos, transmitió a Estarko lo que deseaba que hiciera. El otro asintió a todo; al fin, dijo:

—Me pondré en camino hacia Sokros mañana mismo.

—Gracias, Estarko. Puedo asegurarte que con tu ayuda colaboras a evitar que un sujeto peligroso y nocivo se apodere del cargo de mayor prestigio de cuantos existen en este mundo nuestro.

* * *

Un «vulkio» era inviolable. Sus flotas siderales habían arribado pacíficamente a todos los mundos habitados, estableciendo relaciones amistosas. Pero dondequiera que estas relaciones no se cumplieron, el asombroso poder de los «vulkios» tomó cumplidas represalias, asolando mundos y sistemas planetarios enteros.

Estarko sabía que nada le podía ocurrir.

Sin embargo, ni él ni Bali Gusik tuvieron en cuenta la inmensa egolatría del hombre que trataban de desenmascarar.

Y Ammon Askida era de los hombres tan convencidos de su inmenso poder y de los destinos sagrados de su obra, que no se detuvo ante nada.

Askida intuyó el peligro cuando la nave del «vulkio» Estarko se posó en el espaciódromo de la isla de Sokros. Tenía amigos que le informaron inmediatamente de la llegada. Y, como no era frecuente que los «vulkios» se mezclasen con los terrícolas, sospechó algo ingrato.

Eran días de luto en Sokros. Hawi, el sabio matemático, había muerto, y toda actividad quedó paralizada, para que los sabios pudieran llorar a su desaparecido tribuno.

Pero alguien tenía que recibir a Estarko. Y Askida, que ya se creía ocupando el Alto Sitial, se vistió con ropas de ceremonia, para ir al encuentro de Estarko, al que encontró en una de las amplias salas del espaciódromo, ataviado con su plateado e inconfundible traje espacial.

—He venido para hablar ante el Alto Consejo Científico —dijo Estarko con altivez—. ¿Quién eres tú?

—Soy un simple sabio de Sokros —dijo Ammon Askida, taimadamente, haciendo esfuerzos sobrehumanos para tratar de «captar» los pensamientos de la mente del visitante, ocultos tras un escudo magnético ubicado en su casco escafandra.

Los «vulkios» eran seres extraordinariamente civilizados y conocían todos los secretos de los mundos que visitaban. Sorprenderlos con astucias telehipnóticas era difícil. Y más, como en aquel caso, que Estarko sabía quién era Ammon Askida.

—Sé que no tengo derecho a inmiscuirme en vuestros asuntos internos —habló Estarko—. Pero ha muerto un hombre de mucha influencia… ¡Y sé que su muerte no ha sido natural!

—¿Qué dices? —pareció asombrarse Askida.

—Poseemos medios de detección que vosotros no conocéis. Por tanto, debo comunicar al Alto Consejo Científico que el sabio Hawi ha sido asesinado por sugestión… ¡Y que tú eres el diabólico ser que le ha matado!

—Eso no es cierto —se defendió Askida, asustado.

—¡Lo probaré ante el consejo! —remarcó Estarko—. Exijo que se convoque inmediatamente.

—Estamos de luto y no puede ser.

—Entonces, yo hablaré con todos ellos, en casa de Hawi. Llévame hasta allá.

—No… Yo no iré —dijo Askida, recurriendo al viejo truco de la invisibilidad, y desapareciendo ante los ojos de Estarko.

Éste no se alteró por ello. Salió de la sala del espaciódromo y se dirigió a uno de los empleados, exigiéndole ser conducido hasta la mansión del sabio fallecido.

Pero cuando el «vulkio» caminaba altivamente hacia una de las pistas móviles, se produjo una horrísona explosión sobre él, al estallar un proyectil de impulsión magnética.

La explosión fue tan potente que Estarko pereció en el acto, siendo arrojado a más de veinte metros de distancia. Cuando la recogieron, sus facciones eran irreconocibles.

Y se supo también que uno de los proyectores de rayos magnéticos situados en los extremos del espaciódromo había sido disparado misteriosamente, y una de sus granadas causó la muerte del «vulkio».

Capítulo VI

GESTOS DE LOCURA SUPREMA

Askida reunió inmediatamente a sus mejores amigos en torno a la mesa de la media luna, en el Consejo Científico. Todos los sabios convocados se presentaron vistiendo sus ropas de luto. Algunos parecían asustados, y otros aturdidos e indecisos.

Antes de que llegasen aquellos hombres, requeridos por Ammon Askida por videófono, el metafísico había esparcido por la sala de reuniones un sutil perfume, apenas perceptible, que tenía como objetivo predisponer a los otros para ser fácilmente sugestionados.

Cuando estuvieron todos reunidos, Ammon Askida, que se sentaba en el lugar correspondiente a Hawi, habló en tono solemne:

—Ha ocurrido algo extraordinariamente grave... A consecuencias de un accidente, un mensajero «vulkio» ha muerto en el espaciódromo de esta isla.

—¿Un mensajero «vulkio»? —preguntó el biólogo Karma, atónito.

—Os repito que ha sido un accidente. Deduzco que uno de los proyectores de rayos magnéticos debió estropearse. Sabéis que esos aparatos funcionan por medios biónicos. El equipo del «vulkio» debió provocar el disparo.

—¿Y por qué estaban conectados los proyectores?

—Nadie podía entrar ni salir de Sokros durante el funeral... Al estar vacante el Alto Sitial de la ciencia, se toman precauciones especiales.

—Pero, a pesar de ello, el «vulkio» aterrizó —señaló otro sabio.

—Sí. A esos seres nadie les puede negar nada. Me llamaron a mí y fui a entrevistarme con él. Creo que están enojados con nosotros por algún motivo que no me explicó. Quería reunir el Alto Consejo para hablar ante nosotros.

»Yo comprendo que hemos de tomar una rápida resolución. Y por eso os he llamado. Hawi ha muerto. Yo poseo conocimientos suficientes para ocupar el Alto Sitial, pero no quiero el apoyo de los anteriores consejeros.

»Deseo hablar de esto con vosotros, que me conocéis y os conozco. Quiero que estudiemos la situación y que se establezca inmediatamente un Alto Consejo renovador. Es urgente y necesario. Los «vulkios» querrán saber cómo ha muerto su enviado. Y las explicaciones que hemos de darles han de ser satisfactorias, o nuestro mundo será destruido por esos dominadores del espacio.

Ejerciendo su poder mental sobre el físico Awason, que también se encontraba en la reunión, Ammon Askida hizo decir a aquél:

—Haya sido un accidente o no, ya va siendo hora de que alguien diga a los «vulkios» que no estamos dispuestos a ser sus vasallos. ¿Por qué nuestras naves comerciales han de eludir y esquivar el paso de las suyas, con el riesgo que eso entraña? ¿Por qué no podemos instalarnos en mundos que ellos visitan y explotan?

«¿Quiénes son los «vulkios» para que todos los consideren superiores a nosotros?

—Tienes razón, Awason. Alguien debería decir a esa raza altiva y autoritaria que en la Tierra ya somos mayores de edad y que poseemos fuerza para oponernos a sus ultrajantes mandatos.

—Los «vulkios» no se meten con nosotros, ni tratan de molestarnos en nada. Posiblemente, ese enviado acudía aquí a honrar el funeral de Hawi —habló otro sabio, que todavía no estaba influido por el ambiente hipnótico preparado por Askida.

—Posiblemente —replicó el mago—. Pero ha muerto. Y sus coterráneos enviarán a sus técnicos para saber las causas de su muerte. Y pueden pedirnos responsabilidades.

—¡No lo consentiremos! —exclamó Awason—. Si es necesario, exigiré al «heik» de Fatos que movilice un millón de hombres, a los que facilitaremos naves de guerra.

—¡Guerra es una palabra fuerte, Awason! —replicó el sabio anterior.

—¡Guerra es libertad o muerte! —pareció aullar Askida—. Y estoy convencido de que venceremos a los «vulkios».

Ya nadie replicó. La hipnosis colectiva había hecho efecto en todos ellos. Ammon Askida continuó diciendo:

—Sólo tenéis que nombrarme tribuno del Alto Consejo. Vosotros tenéis numerosos admiradores en Sokros. Hablad con ellos. Hay que celebrar elecciones inmediatas, porque las circunstancias lo exigen.

»Los «vulkios» pueden enviar naves contra nosotros inmediatamente. Hemos de evitarlo, enfrentándoles un ejército espacial.

—¡Sí, tienes razón! —hablaron varios, excitadamente.

Askida sonrió satisfecho. Todo empezaba a salir tal y como él lo había previsto.

* * *

No era casual que Bali Gusik tuviera una cita, aquella misma tarde, con el poderoso «heik» de Fatos —una especie de gobernador general

de la ciudad—, puesto que sus alardes metafísicos en el restaurante «Fatmar» habían llegado hasta el magnate.

El *Heik* se llamaba Abshon y su cargo era debido a la gran riqueza que poseía. Era el que más podía hacer por la ciudad ribereña, y disfrutaba del privilegio de mandar la fuerza pública.

Aquel señor feudal no era más que un siervo de su ciudad. Bastaba que surgiera alguien más rico y poderoso que él, llegase de donde llegara, para que Abshon le llamase a fin de proponerle ocupar el cargo de «heik», que él no parecía gozoso de ostentar, aunque le diera prestigio y privilegios.

El palacio del «heik» era el mayor de la ciudad. Estaba amurallado, rodeado de bellísimos jardines y tenía una servidumbre de más de mil personas. Precisamente, era esto lo que Abshon quería evitar, puesto que tanta servidumbre le estaba llevando a la ruina.

Abshon vio la posibilidad de que Bali Gusik quisiera el «heikado». Le dijeron que era inmensamente rico, puesto que había regalado diamantes valiosísimos.

A la hora prevista, Bali se presentó en el palacio. Los sirvientes le recibieron con reverencias y los mayordomos le acompañaron hasta el salón principal de Corte, donde se encontraba Abshon, en cuclillas sobre un enorme almohadón rectangular, de hilo de oro.

Abshon se levantó para saludar a su visitante, que venía solo. Era una entrevista privada, de negocios, entre un «heik» que pretendía vender su cargo y un científico metafísico, que no ambicionaba el poder.

—Sed bien venido a mi palacio, Bali Gusik... Sentaos, ilustre señor.

El «heik» dio unas palmadas y aparecieron varios sirvientes con un almohadón semejante al que tenía Abshon.

Ofrecieron refrescos a Bali, y luego, astutamente, el «heik» empezó a indagar.

—Me han dicho que sois un rico príncipe de Terseo.

—Os han mentido.

—Pero habéis repartido diamantes... Aquí tengo algunos, que el banco «Stekkes» me ha proporcionado. Mi joyero me ha informado que son piedras orientales, de gran valor.

Bali sonrió al obeso y barbudo Abshon.

—Poseo un yacimiento de diamantes en los Montes Himalayos. Di esas piedras a los artífices de Kachastan, para que las pulieran. A cambio de su trabajo les regalé bastantes piedras, para su negocio.

»Yo, en realidad, no me dedico a eso.

—¿A qué os dedicáis, Bali Gusik?

—Soy metapsíquico. Estudio los poderes paranormales de la mente

y las leyes ocultas de la naturaleza y el cosmos.

—¡Ah, extraordinario y muy interesante! ¡Muy interesante! ¿Sabéis leer el pensamiento?

—Algo —contestó Bali modestamente.

—¿Podéis decirme lo que estoy pensando?

Con una amplia sonrisa, Bali dijo:

—Pensáis si yo puedo tener cincuenta millones de «ries» para comprar vuestro «heikado».

—¡Oh! —exclamó el «heik», palmoteando—. Habéis dado con la cifra exacta. En eso mismo estaba pensando.

—Perdonad, señor. Pero no me interesa gobernar Fatos. Los impuestos que se recaudan no bastan para cubrir las necesidades públicas. Eso es notorio. Y hasta se dice que estáis en este cargo porque vuestra insigne esposa os indujo a ello, ávida de figurar al lado del «heik» en las recepciones oficiales.

—Desgraciadamente, así es —dijo Abshon—. Y ya llevo mucho tiempo en el cargo. Yo gané muchos «ries» traficando por tierra, mar y espacio. Con mi fortuna, podía vivir espléndidamente el resto de mis días. Pero Siada me atormentaba con sus delirios de grandeza.

»Vos sabéis que, en Fatos, el «heik» ha de ser un hombre muy rico. Yo lo era. Si uno es hábil, como mi antecesor, se puede permanecer aquí cuatro o cinco años y salir todavía más rico.

»Pero yo no soy hábil. Si impongo más tasas, cundirá el descontento y los poderosos se irán a Kuala o a otras ciudades importantes. Si disuelvo la guardia, puedo ser atacado, estallarán motines entre la gente humilde y se cometerán robos y crímenes.

»Es como un círculo vicioso y cerrado. No puedo hacer más que esperar a que venga un potentado y me pague cincuenta millones de «ries» por el cargo. Es cuanto pido para recuperar una décima parte de mis pérdidas.

—Lo siento, señor. Yo no os puedo pagar ese dinero. Además, no me interesa el «heikado».

—Os advierto que haríais un magnífico negocio. Sois un científico. Hubo un astrónomo que fue «heik» de Fatos y ello le valió para ser acogido en Sokros. ¿No es la isla de los sabios la mayor ambición de un científico?

—Sí, eso dicen. Pero yo no aspiro a ser elegido sabio de Sokros.

—¿No tenéis ninguna ambición, mi joven amigo?

—Sí, muchas; por supuesto.

—Desde aquí podéis realizarlas. ¿Sabéis que Fatos ha crecido mucho últimamente? Somos ya dieciocho millones y medio de habitantes. ¿Se da cuenta de los problemas que eso representa?

Recaudo un millón de «ries» al año. Pero gasto, en mantener limpia y en orden la población, más de dos millones... ¿Eh, que os ocurre, amigo Gusik?

Bali se había llevado, de súbito, las manos a la cabeza. Sus ojos y boca parecieron desencajarse.

—¡Dios omnipotente! —exclamó, de pronto, Bali—. ¡Qué desastre!

—¿Qué es lo que sucede?

—Lo siento, señor. Debo retirarme inmediatamente... ¡Ha ocurrido una terrible desgracia!

—¿Cómo? ¿Dónde?

Bali Gusik se había puesto en pie e iba a retirarse. Pero se detuvo y miró fijamente al hombre que tenía delante.

—Esta noche os llamaré, señor. Puede que ahora me convenga pagar esos cincuenta millones de «ries» por ser el «heik» de Fatos.

—Pero...

—Lo siento. No os puedo decir nada más. Disculpadme. Debo volver a mi alojamiento. Esta noche os llamaré por videófono. Si os dijera lo que ocurre, dejaríais el puesto inmediatamente, para huir a los confines de la Galaxia.

—¿Qué decís? —exclamó Abshon, asustado.

* * *

Bali Gusik había «captado» la muerte de Estarko. No se le escapó el terrible significado de aquel hecho luctuoso. Sabía que las consecuencias iban a ser terribles y sangrientas. Los «vulkios» tomarían inmediata y rápida venganza.

¡Pero la culpa era sólo de él, por haber inducido a Estarko a intervenir en una cuestión personal y privada en otro mundo, con el que los «vulkios» mantenían relaciones cordiales!

¿Qué iba a suceder?

Bali se apresuró a regresar a su domicilio. Ireka no estaba allí, por haber salido de compras. Y esto le alegró. Entró por una puerta privada, para no ser molestado por la servidumbre, y se refugió en su despacho.

Allí, forzando al máximo su mente, se concentró para tratar de averiguar lo ocurrido en la isla de Sokros. Cuando obtuvo toda la información telequinésica, se apresuró a efectuar otra llamada, ahora utilizando el control telequinésico de radiaciones cósmicas, para lo que se colocó los auriculares de alta frecuencia en la cabeza.

Estuvo manipulando con el control más de quince minutos, hasta que, al fin, en la pantalla, apareció una imagen conocida: la de un

«vulkio» con equipo espacial antimagnético.

—¡Itxer, hace largo rato que trato de localizarte!

—Oh, Bali Gusik. ¿Qué ocurre en tu mundo? Pareces muy excitado.

—¡Una terrible desgracia, Itxer! Tenía que llamarte y decírtelo antes de que te lo cuenten distorsionado.

—No logro comprender. Pareces excitado.

—Un coterráneo tuyo, Estarko, ha muerto.

—Bueno. Lo siento. ¿Cómo ha ocurrido?

—Le han destruido.

—¡Eso es grave, Bali Gusik! ¿Quién lo ha hecho?

—Un hombre ambicioso y maligno. Yo pedí a Estarko que interviniera ante los sabios de la isla de Sokros, a causa de la muerte de Hawi el tribuno del Alto Consejo Científico…

Bali explicó a su amigo todo lo ocurrido, sin omitir nada. Al terminar, Itxer le dijo:

—El asunto es muy grave. Voy a llamar inmediatamente a nuestro centro de control. No sé lo que dirán las máquinas de cooperación. Pero me temo que vuestro mundo sea castigado.

—¡Tienes que evitarlo, Itxer! —suplicó Bali.

—No soy yo quien decide. Puede que la muerte de Estarko haya sido detectada ya y se hayan tomado medidas urgentes. Te aconsejo que abandones la Tierra cuanto antes.

—¡No lo haré, Itxer! ¡Debe haber algún modo de arreglar esto!

—Temo que no, Bali Gusik. Pero intercederé por ti, para que nada te ocurra. Es más de lo que puedo hacer.

—No, Itxer. El culpable soy yo. No debí pedir a Estarko que interviniera, aunque Askida haya cometido un asesinato. Es largo de contar. Las razones de lo ocurrido se han vuelto oscuras, y Askida las ennegrecerá más aún. Pretenden desafiar vuestro poder.

—¡Que no lo intenten! —pareció rugir Itxer.

—La locura de Ammon Askida es un supremo gesto de desafío. Por lo visto, no conoce vuestro verdadero poder. Y un loco que sea elegido tribuno del Alto Consejo Científico puede poner en pie de guerra a todos los habitantes de la Tierra.

—Lo siento, Bali Gusik. Ya no tiene remedio. Eres suficientemente inteligente y sabio para comprender que si por costumbre no perdonamos a nadie la muerte de uno de los nuestros, tampoco podemos hacerlo en este caso. Sería centrar un precedente cuyas consecuencias no podemos prever.

—Te he llamado para pedirte ayuda, Itxer.

—Y yo te ayudo a ti, pero no a ese asesino.

—Acepto que se castigue al culpable, pero mis semejantes no tienen culpa.

—Veremos lo que se puede hacer. Sé que puedes conectar con nuestro centro de control. Hazlo y entérate de lo que se decide. No hace falta que yo te informe de nada más.

—Está bien.

Una hora después, Bali Gusik salía lentamente de su despacho. Ireka había vuelto ya y se sorprendió de encontrarle allí.

—¿Qué ocurre, Bali? ¿Qué haces aquí? ¿No tenías que ver al «heik» para hablar de negocios?

—Han ocurrido cosas importantes, Ireka. Los «vulkios», cuyo poder no desconoces, han decidido destruir la Tierra.

—¡No! ¿Por qué razón?

—Ammon Askida ha matado a Estarko.

Ireka se dejó caer en una butaca, aplanada ante la noticia. Bali, frente a ella, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, la miraba como si no la viera, monologando

—Yo sabía que Askida era capaz de matar… Por esto no fui a Sokros, para no inducirle a mayores males. Creí que no se atrevería con un «vulkio»… ¿Cómo he podido equivocarme, Ireka?

—Nadie es perfecto, Bali. Recuerdo que tu padre lo dijo en una ocasión. Podemos predecir el futuro, pero no con exactitud. Y cuando las fuerzas locas del cosmos se desatan, ya no sirven los conocimientos adquiridos.

—Sí, es cierto. Mi poder contra el de Askida. Yo podía vencerle, de hombre a hombre. Pero él quiso eludir mi reto y pensó en eliminar a Hawi, para que el consejo científico tuviera que nombrarle tribuno. Así, fácilmente, con ignorar mi reto, estaba a cubierto. No se puede retar al tribuno del Alto Consejo Científico, si él no quiere.

»En todo esto no pensé. ¡Pobre Estarko! ¡Era feliz en Euro, con tu madre! ¡Ahora ha muerto, y los «vulkios» van a enviar naves de guerra contra nosotros!

—¿Han decidido destruimos a todos?

—No. Han decidido hacernos sus esclavos, llevarnos a trabajar a sus mundos, y destruir éste de forma que no quede siquiera una célula viva sobre el suelo. Eso es lo que ha acordado el centro de control.

—¡Eso es inhumano!

—Los «vulkios» se rigen por máquinas computadoras. Lo que éstas deciden se realiza inexorablemente.

—O sea, que estamos condenados a la esclavitud.

Bali no respondió, quedándose pensativo.

—¿Ves alguna solución?

—Sí. La guerra.

—¿Enfrentamos con los «vulkios»?

—En eso está pensando también Ammon Askida… ¡Y es paradójico que yo piense lo mismo, siendo enemigos irreconciliables!

—¿Vas a aliarte con él?

—¡Jamás! Pero no veo otra solución que armar naves y enviarlas a detener a la flota «vulkia» que viene hacia nosotros… Askida va a pedir ayuda al «heik» de Fatos… ¡Y el «heikado» de Fatos pasará a mis manos mañana mismo, Ireka!

—¿Qué dices?

—No tengo más remedio. Voy a ordenar que sean pagados cincuenta millones de «ries» al «heik» Abshon. Mañana ostentaré el mando de esta ciudad. Daré órdenes de guerra. Pediré ayuda a las grandes ciudades… ¡Y enviaré una flota a Sokros para que Ammon Askida sea encarcelado y puesto donde no pueda causar daño!

Ireka no respondió. Tenía miedo. Era hija de «vulkios». No podía comprender lo ocurrido… ¡La guerra era algo espantoso! ¿Qué iba a suceder?

Capítulo VII

ASKIDA ACEPTA EL RETO

El nuevo «heik» de Fatos facilitó una amplia información que conmovió el mundo civilizado. Y pronto se alzaron voces pidiendo la destitución de Ammon Askida. Otros, más exigentes, pidieron también su cabeza.

Mientras tanto, y Bali estaba felizmente enterado, Askida no logró hacerse dueño del Alto Sitial de Sokros. La conjura no prosperó, pues la opinión de los sabios se hallaba dividida.

Pero lo peor no era esto. Y Bali Gusik lo sabía también: cien mil naves espaciales de guerra venían ya hacia la Tierra, con órdenes de desintegración total.

Nada más tomar posesión de su cargo como nuevo «heik» de Fatos, Bali se reunió con doce «heiks» de distintas ciudades del mundo, todas ribereñas del Mediterráneo. Y en esta conferencia, que fue secreta, se acordó:

1.° Tratar de disuadir a los «vulkios» de su intento de destrucción.

2° Por si no se lograba nada positivo, formar una flota con todas las naves disponibles y armarlas lo más rápidamente posible.

3° Obligar at sabio Askida a que aceptase el reto de Bali Gusik, y una vez derrotado públicamente, hacerle pagar la muerte de Hawi y la de Estarko. Siendo sabio de Sokro, Askida estaba protegido por leyes inviolables.

4° La flota que se pudiera reunir para combatir a los «vulkios», y que se estimaba en más de cincuenta mil naves, estaría al mando de Bali Gusik.

Se tomaron otros acuerdos menos importantes, y luego los «heiks» se estrecharon la mano para sellar el pacto, según era costumbre ancestral. Un apretón de manos tenía más fuerza legal que la letra escrita.

Inmediatamente después de este pacto, en las doce ciudades se ordenó la movilización general y la requisa de las naves útiles para la guerra. Se dictaron órdenes para transformar las naves comerciales y de investigación en espacionaves de guerra.

Fatos fue la sede del Cuartel General y los centros de reclutamiento empezaron a funcionar cuatro días después de tomados los acuerdos. La policía y el orden público se encargaron de adiestrar rápidamente a

los voluntarios.

Bali se multiplicó, recurriendo a todo su poder mental y físico para estar en todas partes al mismo tiempo, porque se requería un dinamismo y una actividad extraordinarios.

Los cálculos demostraban que la temible flota «vulkia» tardaría entre tres y cuatro meses en hallarse en el sistema planetario del Sol. Para entonces, Bali confiaba contar, como mínimo, con cincuenta mil naves capaces de enfrentarse a las naves «vulkias», o, en el mejor de los casos, poder entablar negociaciones con sus jefes a fin de evitar el enfrentamiento que ningún bien podía hacer a ambos bandos.

Bali no confiaba en la victoria por conocer el inmenso poderío de los «hombres dioses».

Y así se lo dijo una tarde a Ireka:

—No quiero la guerra, Ireka. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—No lo sé, Bali… ¡No lo sé!

—Ellos no piensan ni en vosotras. Vienen esporádicamente aquí, permanecen unos días en el Euros y luego se marchan. ¿Qué afinidad tienen con vosotras?

—Son nuestros padres, Bali.

—Sí. Ellos os han engendrado, lo sé. Vuestros hermanos son «vulkios». Pero ¿qué sois vosotras?

—A excepción mía, todas las demás son «vulkias» femeninas.

—No respondes a mi pregunta, Ireka. Ellos vienen a destruir nuestro mundo. ¿Crees que van a respetar a sus propias mujeres?

—¡Tienen que hacerlo! —exclamó Ireka.

—Cuando sus naves disparen los proyectiles desintegrantes y nuestro planeta se estremezca con la agonía de la muerte, ni siquiera tus hermanas del Euros sobrevivirán. ¿Y por qué?

»Yo te lo diré, Ireka. Los «vulkios» son seres egoístas, que se gobiernan por métodos irracionales. Todo cuanto hacen obedece a leyes dictadas por máquinas que ellos mismos construyeron. Son cerebros fríos y extraños, matemáticos, inflexibles y ciegos.

»Un necio ha matado a uno de los suyos. Como son inviolables, su réplica es la destrucción de quienes conviven con el culpable. ¿Crees tú que yo soy culpable de la muerte de Estarko?

—No.

—Es Ammon Askida, y puedo demostrarlo. Pero los «vulkios» son demasiado altivos y nos hacen responsables a todos nosotros. Eso no es justo, Ireka. Y, por tanto, si no modifican su actitud, la guerra es inevitable.

«Nosotros tenemos tanto derecho como ellos a vivir. Si nos amenazan de muerte, tenemos que defendernos, porque no somos

corderos que se dejan sacrificar sin protestar.

—Sé que tienes razón, Bali —confesó Ireka—. Pero todo me produce una amarga sensación.

—Yo no quiero la muerte de los «vulkios», Ireka —afirmó Bali—. Ellos, en cambio, fría y ciegamente, han decretado nuestro exterminio, como si fuesen los amos del Universo.

»He hablado con Itxer varias veces. Me ha dicho siempre que no puede hacer nada. Él también ha recibido órdenes de venir contra nosotros. Su flota se reunirá en cualquier lugar del cosmos y luego vendrán hacia aquí. Y si no hacemos nada por impedirlo, dentro de cien días, todos nosotros habremos dejado de existir.

Ireka no se atrevía a decir lo que estaba pensando, ajena en aquel instante a que Bali estaba leyendo en sus pensamientos. Sin embargo, lo insinuó:

—¿Por qué hemos de permanecer aquí? —preguntó.

—¿Crees digno y correcto que, haciendo caso a Itxer, nos vayamos lejos de la Tierra, dejando aquí a nuestros semejantes sin posibilidad de defensa? Rechaza ese pensamiento, Ireka. No es digno de ti.

Ella no respondió. Comprendió que Bali tenía razón y ya no volvió a decir nada aquel día. Sin embargo, poco tiempo después fue al despacho donde Bali estaba trabajando con los altos jefes militares, y solicitó:

—Bali, necesito traer aquí a mi madre y a todas sus compañeras.

Bali no se inmutó. Se volvió a uno de los jefes que le acompañaban y le preguntó:

—Demiar, ¿tenemos naves para transportar mil mujeres?

—Sí. ¿Dónde hay que ir?

—A las selvas vírgenes del Euros. Ireka os servirá de guía. ¿Cuál es tu idea, Ireka?

—Si los «vulkios» no sienten por sus madres el menor respeto y la más mínima consideración, nosotras no podemos sentir afecto hacia ellos. He pensado en hablar con mi madre y convencerlas a todas para que vengan aquí, a Fatos, a luchar o morir por el mundo en que viven.

Bali se levantó y abrazó a su joven esposa en presencia de los jefes militares. Luego dijo:

—Ve cuanto antes, Ireka. Demiar pondrá a tu disposición las naves de transporte que necesites.

* * *

Los sabios de la isla de Sokros no eran ajenos a la lucha que se avecinaba. Todos sabían lo ocurrido y estaban dispuestos a unirse, con

su ciencia y conocimientos, a la causa de la humanidad.

Sin embargo, tenían graves problemas. En primer lugar, carecían de tribuno del Alto Sitial. Todos los esfuerzos que hizo Ammon Askida para obtener el nombramiento fueron inútiles. Sus amigos fracasaron en la tentativa, y la elección realizada, después de los funerales del matemático Hawi, no dio resultado alguno. Las opiniones estaban divididas y no hubo mayoría suficiente.

La situación amenazaba violencia. Había sabios que pedían algo enteramente nuevo: ¡la expulsión y la condena de Askida!

Pero Askida contaba con muchos amigos. La división entre sabios era lo más probable.

El «heik» de Fatos había enviado una comunicación pidiendo que Ammon Askida fuera puesto a su disposición, para que él, como jefe del Alto Mando militar terrestre, a fin de poder pactar con los «vulkios» y entregarles al culpable de la muerte de Estarko.

Askida, interrogado al respecto, negó una y mil veces haber matado a nadie.

—El nuevo «heik» de Fatos es ambicioso y quiere perderme. Su propósito no es otro que ocupar mi puesto, aquí, en Sokros.

Ante esto, hubo quien dijo:

—Si todo lo que dices es cierto, si Bali Gusik es un intrigante que sólo quiere tu ruina, ¿por qué no le das la oportunidad de quedar en ridículo?

»Que yo sepa, Bali Gusik sólo pretende demostrar que su ciencia es superior a la tuya, Askida. ¿No hiciste tú eso mismo con el padre de Gusik?

»Quien aspira a un sitio en esta sociedad científica ha de demostrar, primero, poseer conocimientos superiores. Luego, solicita el enfrentamiento con el sabio de su especialidad. Y, realizado esto, nosotros decidimos.

»Creo que es la única manera de solucionar el problema. Nuestro mundo está amenazado de muerte. Las grandes ciudades se preparan para defenderse contra los «vulkios», y nosotros, los sabios de la Tierra, que debemos ayudar con nuestros conocimientos, estamos divididos y sin tribuno que ocupe el Alto Sitial, porque Ammon Askida no quiere que el hijo de Grok Gusik demuestre poseer más grandes poderes metapsíquicos que él.

»¡Y yo no estoy conforme con esta situación, que nos puede conducir a todos a la muerte!

Muchas voces se alzaron en apoyo de aquel hombre. Los amigos de Askida comunicaron a éste tales declaraciones y el metapsíquico sintió vacilar el terreno bajo él. La situación se hacía peligrosa en extremo.

Quería haberse refugiado en la división de sus camaradas, pero ante la amenaza de guerra, era preciso hacer algo, de lo contrario, Sokros perecería con el resto del mundo.

En vista de aquello, Askida reunió a sus amigos más allegados y les expuso:

—Estoy convencido de que todo lo que ocurre es obra de Bali Gusik. La muerte de Hawi es accidental, pero él afirma, para denigrarme, que yo le he matado. Como también dice que he matado al «vulkio».

»Os demostraré hasta donde llega la infamia y los deseos de injustificada venganza de ese hombre, a cuyo padre vencí en noble competición científica.

»En primer lugar, jamás me he opuesto, según es norma entre nosotros, a un enfrentamiento entre él y yo. Lo único que he hecho ha sido pedir pruebas de su capacidad. ¿Qué Universidad le respalda? Ninguna. Afirma haber estudiado en los montes Himalayos. ¿Y quién lo sabe?

»Sin embargo, aceptaré su reto y le venceré cumplidamente. Ya se lo podéis hacer saber.

»Pero pensad detenidamente, como lo he hecho yo, en todo lo ocurrido. Para mí, la verdad está clara. Todos sabéis que la mujer de Bali Gusik no es de nuestra raza. Se dice que es una mujer «vulkia», de las que esos viajeros del espacio tienen, lejos de su propio mundo.

»Es, pues, una extranjera. Y sé que en una región del Euros, en Septentrión, hay una selva virgen, donde moran las mujeres de los «vulkios». Bali viene a nosotros acompañado por una de esas mujeres. Él es como nosotros. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha permanecido en el mundo de los «vulkios» durante todos estos años y ha vuelto con propósitos malignos y dominadores?

«Veamos lo que yo he podido averiguar, utilizando mis poderes extrasensoriales. Id enumerando.

»Bali Gusik no es hijo de Grok Gusik, porque nadie le conocía hijo alguno a mi sabio antecesor.

»Ese individuo, cualquiera que sea su nombre y raza, viene repartiendo diamantes y comprando conciencias. Todos sabéis que, para destacar y llamar la atención, ha repartido cientos de valiosos diamantes.

»Ha hecho más. Ha pagado cincuenta millones de «ríes» al «heik» de Fatos y ahora representa al *heikado*.

«Yo sé que Bali Gusik es «vulkio» y no terrestre. Sé que han montado esta confabulación, matando ellos mismos al hombre que vino a vernos, para crear el motivo de guerra.

»Los «vulkios» poseen ambiciones territoriales. Todos sabemos que están siempre viajando por el cosmos, porque no pueden vivir en su propio mundo. Han visitado el nuestro numerosas veces y han visto que es un planeta ideal para su expansión.

»Por ello han buscado el pretexto para atacarnos y destruimos. Y yo declaro que Bali Gusik es un agente enviado por esos conquistadores.

—Tus palabras pueden ser ciertas, Askida —le dijo el biólogo Karma—. Pero, a pesar de todo tu poder, Bali Gusik ha reunido a su alrededor a los «heiks» de doce importantes ciudades de las riberas del Mediterráneo.

«Ellos confían en él. Y nosotros no podemos permanecer al margen. Debemos colaborar con el nuevo jefe militar.

—¡Sí, Karma; si yo no me niego a colaborar! Lo que propongo es aclarar las cosas. Y si antes no quise enfrentarme a Bali, por considerarle un advenedizo, ahora, para acallar vuestros desconfiados pensamientos, deseo hacer esa confrontación científica.

»Tengo extraordinario interés en ello. El que dice llamarse Bali Gusik habrá de demostrar, de una manera clara y terminante, que sus poderes metapsíquicos, extrasensoriales, paranormales y telepáticos son superiores a los míos.

»Pero habrá de demostrar también muchas otras cosas. Y si responde satisfactoriamente, yo no tengo inconveniente en dejarle mi puesto en Sokros e irme a luchar contra los «vulkios», porque me sobra poder estrictamente humano para ello.

«Hacedme, pues, el favor, de comunicarle a ese hombre que estoy a su entera disposición para cuando quiera. La confrontación se hará de acuerdo con nuestras más estrictas normas. Esto quiere decir que yo le someteré a prueba, habrá de repetir todo cuanto yo haga y, además, deberá darnos una demostración de algo que yo no pueda hacer.

Después de aquellas declaraciones, los amigos de Askida se sintieron muy satisfechos y se apresuraron a enviar un mensajero a Fatos, con el objeto de informar a Bali Gusik.

La respuesta de éste fue señalar la fecha para tres días después.

—Haré todo lo que quiera Askida —dijo—. Y luego realizaré no una experiencia, sino cuatro… ¡que él no podrá superar!

»Y voy a decirle en qué consistirán mis pruebas, para que esté preparado y trate de impedírmelo, si es que puede. Por lo tanto, decidle que:

1°, el sol permanecerá una semana entera enviándonos rayos rojos;

2°, calentaré el agua de todos los mares de la Tierra, hasta una

temperatura muy superior a la que tiene, empezándose a licuar los casquetes polares;

3°, suspenderé en vuelo a todas las naves que se encuentren a menos de trescientos kilómetros de la superficie de la Tierra, y las mantendré en suspenso por espacio de veinticuatro horas. Y,

4º, convertiré al propio Ammon Askida en un bebé de pocos meses, dejándole, dentro de su cabeza normal, toda su inteligencia… ¡Pero no le devolveré al estado físico actual!

Ammon Askida, al escuchar de labios del mensajero estas palabras, montó en cólera y se negó a realizar la experiencia.

—¡Bali Gusik quiere burlarse de mí! —estalló—. ¡Nada ni nadie puede transformarme en un bebé! ¡Pero es que ni siquiera me presto a esa ignominiosa prueba!

El Alto Consejo —sin tribuno, naturalmente—, se reunió entonces y decidió por boca de Gafra:

—Askida debe aceptar el reto. Es nuestra ley y nuestra costumbre. Debe atenerse, por tanto, a los preceptos establecidos. Él señalará las pruebas a realizar, que su antagonista habrá de repetir fielmente. Luego, no tiene por qué aceptar las pruebas libres propuestas por el aspirante. Con renunciar sin más a su cargo, todo se habrá cumplido.

Ammon Askida ya no pudo objetar nada más. Sin embargo, pronto se tranquilizó. Tenía motivos más que sobrados para creer que su adversario no podría vencerle.

«Nadie, ni siquiera Bali Gusik, puede realizar la resurrección de un ser muerto», se dijo Askida. «Y yo puedo hacerlo… ¡No pasará la prueba!»

A pesar de los preparativos bélicos que se realizaban en toda la cuenca del Mediterráneo, las noticias del reto entre Bali Gusik, ya mundialmente famoso, y el sabio Askida, se difundieron rápidamente.

De Fatos, donde el nombre de Bali Gusik era muy conocido, pese al poco tiempo que llevaba de «heik», saltó a otras ciudades. Unos le llamaban el Jefe del Alto Estado Mayor Militar; otros aludían a él como el Gran Mago Gusik.

Casi todos los días, su imagen aparecía en las pantallas de multivisión, dando instrucciones para el esfuerzo bélico. También visitaba fábricas, donde se modificaban los sistemas de trabajo para construir, en el menor tiempo posible, armas y material para las naves del espacio.

Pero la fama de Bali Gusik se debía, primordialmente, a su categoría científica. Era un auténtico sabio, un digno representante de Sokros, y necesitaba la gran prueba para demostrarlo. El recuerdo de

su padre alentaba en él. Era la deuda sagrada de su vida y su poder.

Grok Gusik había enseñado a su hijo todo cuanto sabía, facilitándole los medios para que aumentase los conocimientos que él le enseñó y que gravitaban en su subconsciente.

Pese a que el mundo entero se esforzaba ferozmente en ganar la carrera contra el tiempo, Bali debía acudir a su cita con los sabios. Lograría derrotar a Ammon Askida, y luego conseguiría la ayuda de todos los sabios de Sokros.

Esto último era casi o más importante para Bali que todo lo demás. No era desdeñable la cooperación de aquellos hombres considerados los más inteligentes del mundo. Y los sabios deseaban ayudar al esfuerzo de todos.

Sólo necesitaban solucionar el problema que les tenía divididos.

Ammon Askida y Bali Gusik, al fin, iban a realizar su confrontación. El primero eligió el hemiciclo del Palacio Central. Allí podían estar reunidos todos los sabios.

Por su parte, Bali sólo pidió autorización para que asistiera su esposa Ireka, la cual se encontraba en las selvas del Euros, con el consejero militar Demiar y una flota de naves de transporte, a fin de trasladar a Fatos a todas las mujeres «vulkias».

Capítulo VIII

INCREÍBLES REALIZACIONES

Ammon Askida sorprendió a todos, al levantar los brazos al cielo y, mirando de soslayo hacia la mesa, tras la que se hallaba sentado su rival, declarar con voz potente:

—No vamos a realizar aquí experiencias simples. Me consta que Bali Gusik ha teleportado diamantes, ha efectuado hipnosis colectivas, haciendo creer a los numerosos comensales de un restaurante que se encontraban en el fondo del mar, y otras pruebas importantes.

»Aquí vamos a realizar experiencias transcendentales. Y las mías van a ser cuatro. Espero que el aspirante a mi puesto se dé por vencido y renuncie a sus pretensiones cuando realice la primera de ellas, que va a ser la más simple.

»Científicamente, como todos vosotros sabéis, es imposible cristalizar el agua sin ayuda de instrumentos. Pues bien... ¡que me traigan una jarra de agua!

Uno de los sirvientes de Ammon apareció por un pasillo lateral, con lo pedido.

Askida tomó el recipiente y avanzó hacia la primera fila de sabios, que le miraban con atención.

—Fíjense bien todos... ¡Y vean esto!

Con un movimiento de la mano, Askida arrojó al aire el agua, en dirección a los sabios, quienes se echaron hacia atrás, temerosos de recibir un baño. No ocurrió nada de esto. En el aire se formaron singulares cristales transparentes, que quedaron flotando, agrupados y formando un curioso dibujo simétrico.

—¿Qué os parece? El magnetismo ha enfriado el agua y la ha cristalizado. No estáis hipnotizados, ni mucho menos. Acabáis de contemplar un fenómeno múltiple de magnetismo, levitación y transformación, con el único poder de mi mente —Se volvió Askida hacia la mesa donde estaba Bali y añadió—: ¿se atreve el aspirante a realizar algo semejante?

Bali no contestó. Se puso en pie y fue hasta donde se encontraba Askida, a quien quitó de la mano la jarra. Sin moverse, ni pestañear, ni hacer más movimiento que el de estirar la mano, la cristalización que había realizado Askida se interrumpió, volviendo el agua al interior del recipiente.

En menos de cinco minutos, Bali efectuó más de seis operaciones de cristalización del agua, transformaciones inusitadas y maravillosas,

creando figuras de vivos y espectaculares efectos luminosos.

Su última operación fue coreada por estruendosos aplausos.

—No puedo negar que Bali Gusik conoce estos fenómenos —dijo luego Askida—. Pero quiero realizar una materialización insólita... ¡Voy a traer aquí a un ser que todavía no ha nacido, cuyo espíritu, por tanto, no existe, y que vivirá dentro de algunos miles de años!

Bali volvió a su asiento y mostró un vivo interés por los preparativos que realizó su adversario, encendiendo los pebeteros en torno a su mesa de trabajo, donde, como siempre, tenía la pequeña pirámide azul.

Sentado, en medio del silencio, concentrándose extraordinariamente, Ammon Askida permaneció seis o siete minutos. Luego, empezó a decir:

—Yo te invoco, futuro espíritu de Mandrano... Quiero que te formes en el futuro y regreses a esta época... ¡Hazlo! ¡Los poderes ocultos de Ammon Askida te lo ordenan!

Expectantes, todos los sabios vieron que una especie de nube gris se formaba sobre la plataforma donde estaban los metapsíquicos. Bali Gusik se había inclinado al oído de Ireka Zamun, que estaba sentada a su lado. Luego, se concentró en el experimento extrasensorial de Askida.

Y, efectivamente, la figura de un ser humano, ataviado con ropas desconocidas en aquella época, se materializó, hasta convertirse en la de un hombre, de unos treinta y cinco años, de cabellos largos, barba y un garrote de madera nudoso.

—Gracias, Mandrano. Quiero que hables y digas a estos caballeros de dónde vienes.

El aparecido miró en torno suyo, visiblemente sorprendido, para pronunciar unas palabras que nadie pudo entender.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó alguien.

—Lo siento —habló Askida—. Eso demuestra que la humanidad evolucionará hacia otros derroteros, las lenguas se cambiarán y todo será distinto... Yo no puedo interrogar a este hombre, porque desconozco su lengua.

—Yo puedo —habló Bali, poniéndose de nuevo en pie.

Ammon Askida, sumido en estado de trance, pareció sufrir una contracción.

—¿Sabes de dónde viene Mandrano? —preguntó.

—Sí. Lo que acabas de hacer lo realizamos mi padre y yo numerosas veces. Esto estaba preparado. Ha sido necesario invertir planes de tiempo. Y, precisamente, este individuo, Mandrano, cuya predisposición mediúmnica es extraordinaria, ya nos ha visitado en

varias ocasiones.

»¿Es cierto lo que digo, Mandrano?

Bali hubo de repetir su pregunta en lengua extraña, entablándose entonces un diálogo sorprendente entre él y el aparecido.

Ammon Askida hubo de recurrir a todo su poder mental y hacer desaparecer a Mandrano, porque el resultado de la prueba hablaba más a favor de Bali que a favor de él.

Bali dejó esfumarse la figura. Luego, se volvió al anfiteatro y explicó:

—Para realizar esta prueba, Ammon Askida ha recurrido a la inversión de planos de tiempo. Él sabe que esto no se puede improvisar en unos instantes. Posiblemente lleva varios días de ensayos. Yo también puedo hacerlo y, si él quiere, lo haré dentro de tres días. Pero conozco a Mandrano. Viene de dos mil años después de ahora. Es pastor de ovejas, en las colinas próximas a Goffra y habla el lenguaje de los goffranos, pero modificado. Me ha dicho que, en efecto, me recuerda…

Askida se recobró en aquel instante y se puso en pie, preguntando:

—¿Qué ha ocurrido?

El biólogo Karma se dirigió a él y le preguntó:

—¿Cuántos días hace que preparabas esta prueba, sabio Askida?

—Cinco días.

—¿Qué procedimiento has empleado?

—He tenido que invertir planos de tiempo, para que el pasado se convierta en futuro.

—Correcto. Eso mismo ha dicho Bali Gusik. Nos ha pedido tres días para preparar su experimento. Además, ha reconocido a tu hombre del futuro y hasta ha cambiado impresiones con él, en su propia lengua.

»Como no deseamos perder tiempo, damos por buena su respuesta, y en caso de duda posterior, haremos que realice el mismo experimento.

—Está bien. Acepto vuestros deseos. La competición es noble y admito que la inversión de planos de tiempo no se puede ejecutar en unos instantes. Si Bali Gusik lo hace en menos tiempo que yo, es encomiable.

»Pero ¿puede Bali Gusik fundir el metal con el sólo poder de su mente?

»Ésta es mi tercera prueba. Necesito un bloque de hierro. Quiero que sea examinado por el sabio Mastar, cuyos conocimientos de mineralogía no sobrepasa a nadie… Insigne Mastar, ¿tienes la bondad de venir hasta aquí?

En esta ocasión, Askida hizo traer dos cubos de hierro macizo, de más de cien kilos cada uno, que se situaron en lugares separados, uno de otro.

El minerólogo, provisto de varios aparatos, realizó un reconocimiento en los bloques y hubo de admitir que era hierro virgen.

Ammon Askida se situó ante uno y lo miró fijamente. A los pocos minutos, del hierro empezó a surgir humo. Luego, como si tuviera un invisible soplete sobre ello, el hierro empezó a colorearse, subiendo de tono, hasta hacerse casi rojo blanco.

¡Pero lo increíble fue que, sin moverse de donde estaba sentado, aparentemente distraído, Bali Gusik realizó la misma prueba, con el otro bloque de hierro, a la vez que Askida!

* * *

Bali Gusik estaba demostrando poseer los mismos conocimientos que Ammon Askida, y tal vez superiores, porque había repetido las pruebas en circunstancias sorprendentes.

Pero la cuarta prueba de Askida, la que conservaba con más celo, fue espectacular y extraordinaria. A una señal suya, dos hombres penetraron en el centro del anfiteatro, llevando una mesa con ruedas, sobre la que descansaba un cuerpo cubierto con una sábana blanca.

El enunciado de Askida casi puso a la gente en pie.

—Camaradas y amigos, esta niña murió ayer en el hospital de Kuala. La ciencia médica nada pudo hacer contra la grave dolencia que le arrebató la vida. Aquí tengo el expediente clínico. Ingirió voluntariamente un activo veneno que sustrajo del laboratorio de su padre, químico de una fábrica de insecticidas.

»Los motivos de la muerte no hacen al caso. Pero yo he pedido que me permitan utilizar el cuerpo para un experimento sensacional y enteramente nuevo en la historia.

»Mis poderes mentales van a devolver la vida a esta niña. Voy a mantenerla con vida el tiempo suficiente para que puedan administrarle vomitivos y extraer de sus vísceras el veneno, que ya está localizado en la sangre.

»Puede hacerse. Y esta niña vivirá.

El alboroto que se armó en el anfiteatro fue indescriptible. Numerosos hombres de ciencia, relacionados con la Medicina, quisieron reconocer a la niña muerta. Askida, con gestos ampulosos y grandilocuentes, lo permitió.

Incluso Bali Gusik se acercó y auscultó el cadáver, tomándole el

pulso, a la vez que escuchaba las voces autorizadas de los científicos.

—No cabe duda que está muerta.

—Esto es un fenómeno paranormal que demuestra el intenso poder de la vida sobre la muerte. Durante una hora, voy a devolver la vida a esta chiquilla. Los médicos que la atendieron han venido también y ahora se dirigen hacia aquí, con todo lo necesario para operar. Sólo quieren que la niña respire, se mueva, lata su corazón y oscile su cerebro. Yo haré eso... ¡Pueden pasar, caballeros!

Entraron varios médicos, algo cohibidos por la presencia de tantos científicos. Uno de ellos habló rápidamente con Askida. Por las enérgicas negativas de Askida, muchos dedujeron que el médico estaba pidiendo algo imposible.

Por esta razón se levantó de nuevo Bali, tras haber cambiado impresiones con Ireka.

—Ruego un momento de atención —Bali habló gravemente—. El sabio Askida está siendo requerido para que prolongue la resurrección de esta pequeña. Los médicos necesitan más tiempo para tratar de extraer el veneno que ha ingerido.

»Ammon Askida no tiene ningún interés por la vida de la pequeña. Sólo le interesa poder demostrar que un cuerpo, dado por muerto por la ciencia, puede devolverlo a la vida.

»Esto, que no es enteramente cierto, es una demostración de poder extrasensorial, para lo que Ammon Askida necesita ponerse en trance hipnótico durante un tiempo agotador.

»Por esta causa no quiere colaborar con los médicos para prolongar más tiempo la vida de la pequeña, y poder, efectivamente, salvarla de las garras de la muerte.

»Por esta causa no quiere colaborar con los médicos.

»Yo me comprometo a prolongar ese tiempo, sin necesidad de someterme a ningún estado de trance

¿Es ésta la prueba definitiva de mi superioridad sobre Ammon Askida?

»Pues si me es admitida, yo mismo la realizaré.

—¡Esta demostración me pertenece! —exclamó Askida, furioso.

—Puedes hacerla, Askida. Pero debes ayudar a los médicos a salvar esa criatura.

—¿Y si no puedo?

—Bali Gusik afirma que él puede hacerlo.

—¿Y si, a pesar de todo, la niña no puede ser salvada? —preguntó Askida, agarrándose a la posibilidad de fracaso de su ya irreconciliable enemigo.

—Si no interviene ninguna fuerza extraña, la niña vivirá —dijo

Bali—. Y te aconsejo que no intervengas en contra, Ammon Askida —remarcó intencionadamente Bali—. Si tratas de hacerme fracasar en esta prueba, en la que la existencia de una niña está en juego, haré que resucite Hawi y le someteremos a una prueba de hipnosis.

—¿Qué quieres decir? —gritó Askida, furioso.

—Tú me has entendido perfectamente. Sabes que si poderes contrarios se entrecruzan en una demostración de este tipo, es fácil fracasar.

»He dicho que la niña puede vivir hasta que los médicos extraigan el veneno, y yo puedo hacerlo mejor que tú, sin necesidad de hipnosis.

—¡Yo lo haré! —gritó Ammon Askida—. Mientras, si lo deseas, pueden hacer que te envíen otro cadáver del hospital de Fatos. Siendo «heik» de esa ciudad no te faltarán medios.

Sin embargo, Ammon Askida fracasó totalmente, al no poder resistir más de una hora el estado de trance. Y mientras los médicos, como si se hallaran en un quirófano, actuaban sobre el cuerpo de la niña, que había sido sacada del trance de muerte real, al agotarse la energía de Askida, la niña volvió a caer sobre la mesa y quedó inmóvil.

Ammon Askida se recuperó en pocos minutos para encontrarse en un muro hostil de acusadores, que le obligaron a abandonar el anfiteatro, mientras Bali Gusik se acercaba a la mesa y tranquilizaba a los médicos, diciéndoles:

—No se preocupen, amigos. Nada se ha perdido… La niña volverá a vivir dentro de unos minutos. Ahora tendrán ustedes todo el tiempo que quieran. Yo me cuidaré de que siga viviendo. Si fuese necesario permanecer cuarenta y ocho horas a su lado, lo haría.

—¿De veras? ¿Es posible hacer esto? —preguntó uno de los médicos.

—Naturalmente. Y dentro de muy poco, conocedores del secreto, lo podrán hacer ustedes también. Es algo que debe pasar del dominio de la metapsíquica al de la medicina. Con mucho gusto, cumpliendo los deseos de mi padre, divulgaré el secreto.

»Pero no se hagan ustedes ilusiones. Ammon Askida también lo sabe. No todos los casos de muerte pueden solucionarse con la resurrección hipersensorial. El espíritu de la niña, que sabe tanto como nosotros o más, porque ha atravesado ya los umbrales de la eternidad, no se ha alejado demasiado, a la espera de recuperar lo que por don divino le fue concedido.

»No hay espíritu humano que abandone su cuerpo sabiendo que la vida está latente aún.

—¿Qué es lo que ocurre para que la niña recobre la vida?

—¿Qué haría usted para obligar a un niño a tomarse una medicina, doctor? —retrucó Bali—. ¿Amenazarle?

—Sí, o con sutiles engaños.

—Bueno. Pues eso, poco más o menos, hacemos nosotros. En primer lugar, invocamos mentalmente al espíritu. Le decimos que tenemos el medio de curar su cuerpo enfermo, pero que debe ayudarnos, tomándose la «medicina» del espíritu que le ofrecemos.

»Y entre su voluntad y la nuestra, el cuerpo se anima, aunque lleve algunos días sin vida. En realidad, la muerte no es más que la suspensión de la vida, la ausencia de vida. Y como vida es animación material, con ayuda espiritual, nosotros logramos el milagro.

—¿En qué casos no es posible la resurrección?

—En muchos donde hay trauma o desgarro, cuyo período de recuperación es lento. La medicina sólo necesita horas para obrar su efecto. Para poder recuperar a un sujeto con el cráneo aplastado, se necesitarían meses o quizá fuese absolutamente imposible revivir. Intentar la ayuda del espíritu es inútil. Ni con cien mentes firmemente dispuestas a la resurrección sería posible conseguir nada.

Lo que hizo Bali fue prolongar el período de recuperación de la niña. Estuvo exactamente tres horas y media. Y fue suficiente. Al cesar su influencia hipnótica, la niña continuó respirando por sí sola. La sangre había rechazado parte del veneno ingerido, y el resto, ya inofensivo, sería eliminado en días sucesivos.

Los médicos que reconocieron previamente a la muchacha afirmaron que jamás habían presenciado nada igual.

Allí estaba también el doctor Gafra, quien demostró un vivo interés por conocer el secreto de la reavivación.

—Desde luego, Bali Gusik, puedes considerarte uno de los nuestros. No es necesario que realices más demostraciones. El sol puede permanecer enviando destellos amarillos y el agua de los mares me parece suficiente templada. Eso de suspender naves en el espacio inmediato, podría utilizarse como arma de guerra, cuando se acerquen peligrosamente los «vulkios». Y en cuanto a convertir a Ammon Askida en un bebé... ¡Te reto a que lo encuentres!

»Los sabios de Sokros se complacen en admitirte entre ellos. De eso puedes estar seguro.

»Ahora, hablemos de la muerte y resurrección de esa pequeña.

—Tendremos tiempo más que suficiente para hablar de eso, sabio doctor Gafra —contestó Bali—. La niña vive. Se recuperará del todo y no he hecho más que cumplir con mi deber.

»Yo les enseñaré lo que me enseñó mi padre. Y como sé que es útil a la humanidad, hemos de emplearlo para salvar vidas.

—¿Por qué no lo has divulgado antes?

—Antes… ¡Oh, sólo era un insignificante metafísico, al que nadie creía! —replicó Bali, con su mejor sonrisa.

Mientras los médicos del hospital de Kuala se llevaban a la muchacha, para embarcarla en la nave que la había transportado hasta allí, Bali e Ireka eran felicitados calurosamente por todos los sabios, a los que hubo de estrechar la mano incansablemente.

—Pero no temáis. El sol es bello así. El agua templada de los mares no perjudicará a los peces y las naves estarán poco tiempo en estado de antigravidez… Ammon Askida, desgraciadamente, necesita una ama de cría, que le atienda. No recuperará su estado adulto hasta dentro de una semana. Todo ese tiempo permanecerá al cuidado de Ireka, a la cual compadezco, por el llanto y los pañales.

»Y ahora, terminemos la ceremonia, porque debemos afrontar el problema de los «vulkios», contra los que tengo pocos recursos efectivos. Esos sujetos poseen una ciencia muy adelantada…

Capítulo IX

PREPARATIVOS DE GUERRA ESTELAR

Bali no permaneció en la isla de Sokros, sino que regresó a su palacio de Fatos, donde la actividad era inusitada. Una comisión de hombres importantes, industriales, comerciantes, banqueros y terratenientes, le estaba aguardando con impaciencia.

Al fin, Bali pudo atenderles y recibirles, en el salón de recepciones del palacio.

Aquellos hombres, una veintena en total, que representaban a más de dos mil, tenían asuntos concretos que exponer. Su portavoz, después de saludar respetuosamente al «heik», dijo:

—Os felicitamos, señor, por vuestra doble condición de Jefe de todos los ejércitos y sabio recién nombrado de Sokros. Con tales títulos, nos sentimos seguros de la victoria.

—Yo no lo estoy tanto —dijo Bali—. Conozco a los «vulkios» y he sido amigo de ellos.

—No os venimos a hablar de eso —replicó el portavoz—. Nuestra presencia aquí obedece a otros motivos tan importantes como la misma supervivencia de nuestra raza, en la actualidad amenazada.

»Me refiero al esfuerzo económico que se nos exige. Por ejemplo, los recaudadores de impuestos me obligan a contribuir con una tasa diez veces superior a la habitual. A todos nos ocurre lo mismo. Y no podemos soportarlo.

Bali, que había adivinado ya la finalidad de aquella embajada, replicó:

—Esa tasa es para contribuir al esfuerzo de guerra. Necesitamos naves espaciales, armas y hombres. Os habéis dado perfecta cuenta que si somos atacados, moriréis todos, vosotros y yo. No quedará nadie con vida sobre la faz del planeta. ¿De qué os pueden servir entonces las riquezas?

—Desde luego, tenéis razón, «heik» —contestó serenamente el portavoz de la comisión—. Pero si logramos la victoria y la humanidad se salva, nosotros habremos contribuido con mucha más ayuda que los demás que puedan vivir.

—Han sido los demás los que os han hecho ganar el dinero que tenéis —dijo Bali.

—Es el fruto de nuestro esfuerzo y nuestra inteligencia, valores éstos que la humanidad respeta, acata y admira.

—No niego que sea el fruto de vuestro esfuerzo y ahorro. Pero

ahora no hay otra disyuntiva. Esas economías deben ser puestas al servicio de la defensa. Yo no quiero vuestro dinero. Nadie lo quiere para apropiárselo. Se trata de la industria, de la técnica...

—¡Todo eso es riqueza! —insistió el emisario.

—Yo podría aplastar vuestra riqueza, con sólo poner en circulación varios millones de kilos de oro, diamantes y otros metales y piedras preciosas —contestó Bali—. Pero eso no nos ayudaría a ganar una guerra. ¿Qué es lo que proponéis?

—Queremos que el «heikado» no nos imponga ninguna tasa. Nosotros contribuiremos a ese esfuerzo bélico con mucho más de lo que se nos pide. A condición de que, si perdemos la guerra, nosotros perdamos lo invertido. Pero si ganamos y obtenemos la victoria, la humanidad favorecida por nuestra ayuda habrá de abonarnos los intereses del dinero invertido en el esfuerzo bélico.

Bali estuvo a punto de echarse a reír. Ahora podía hacerlo, sin molestar directamente a nadie, pese a saber cuál era la propuesta que venían a hacerle.

Se rio con gana. Luego dijo:

—¡Sois ridículos, caballeros! Imaginen que yo no acepto ese trato. Sin su ayuda, la guerra está perdida. Y perdido, por tanto, el dinero y todo lo que tienen, incluyendo sus vidas.

»¿No creen que tratar de aprovecharse de las circunstancias es vergonzoso?

—Esto no es tratar de aprovecharse —se apresuró a decir el otro, visiblemente afectado por la respuesta de Bali—. Se nos pide nuestro dinero. Estamos en nuestro derecho al negarnos a darlo.

—¿Y sacrificarse?

—¿Y por qué hemos de pagar sólo nosotros el esfuerzo de guerra? ¿Quién ha provocado esta situación?

Aquella pregunta era demasiado directa y artera. Bali la esperaba desde hacía rato. Y tenía la respuesta preparada.

—La han provocado los «vulkios». Ustedes son comerciantes, industriales y banqueros; hombres de negocios todos, que han estado recogiendo desde hace siglos los desperdicios que dejan los «vulkios». Han vivido de excrementos.

»Ahora, por las circunstancias que todos conocemos, se han planteado una situación grave. Morir o vivir. Luchar, en una palabra. Si vamos convenientemente preparados, podemos hasta derrotar a los «vulkios» o hacerles comprender que no son invulnerables.

»Esto puede crear una situación nueva en el cosmos. Ya no seremos seres a los que ellos miran con desprecio. Se nos respetará, porque demostraremos saber defendernos. Y si vencemos a los «vulkios» la

situación será completamente distinta.

»Entonces seremos nosotros los que podremos mirarlos a ellos por encima del hombro, e incluso obligarles a repartir con nosotros, o hasta despojarles de sus grandes yacimientos de riquezas.

»Yo no sé con exactitud lo que va a suceder. Presiento una gran victoria terrestre. Pero sólo la presiento, porque no me he atrevido a consultar al futuro. Eso es peligroso y fatal.

»Tenéis que ayudar, de buen o mal grado. Si os oponéis, os haré despojar de cuanto tenéis, puesto que, como jefe militar, tengo dominio sobre todos vosotros y vuestros bienes.

»Si perdemos la lucha, lo habremos perdido todo. Pero si ganamos, vosotros, además de la vida, ganaréis también, porque vuestras posibilidades serán mayores. Además, del botín de guerra también participaréis.

Era más de lo que aquellos hombres podían esperar. Ya estaban dispuestos a contribuir, pero no querían hacerlo sin antes poner condiciones.

—¿Quién nos garantiza eso? —preguntó el portavoz del grupo.

—Yo —replicó Bali fríamente—. Y no apuréis mi paciencia. Puedo ordenar la incautación de todo cuanto poseéis. Aquí no ventilamos vuestros recursos económicos. Ni siquiera en la isla de Sokros me han puesto o exigido condiciones.

—No queremos enojaros, señor —se apresuró a replicar el otro, batiéndose en retirada—. Con tu palabra nos basta.

—Marchaos, pues, y haced todo lo humanamente posible por ayudar. Si no lo hacéis así, puede que antes de cien días ninguno de los que estamos aquí podamos contarlo.

* * *

Pronto empezó a notarse él esfuerzo bélico de las doce poblaciones más importantes de la Tierra.

Bali, que viajaba continuamente de un lugar a otro, se dio cuenta de que el espíritu de la supervivencia se había extendido por todas partes y la gente contribuía denodadamente en todo cuanto se le pedía.

Incluso, según le dijeron sus consejeros, sería posible equipar no cincuenta mil naves, sino setenta mil.

En un consejo de guerra, celebrado en su palacio, que duró más de cuarenta y ocho horas, se estudió meticulosamente todo el plan de acción.

A grandes rasgos, un alto consejero lo bosquejó así:

—Los «vulkios» estarán en condiciones de causarnos grave daño en cuanto se encuentren a cien mil millones de kilómetros, o sea, en la posición sideral «A».

»Hemos calculado que esto ocurrirá dentro de noventa días.

»Para entonces, nosotros podemos tener setenta mil naves de guerra situadas en el punto «A» menos «B», que es la zona en donde se planteará el combate sideral.

»Ante tal fuerza disuasoria, que el enemigo ya debe conocer en estos momentos, dado sus métodos infalibles de información, estaremos en condiciones de parlamentar. Si no quieren oírnos y deciden continuar adelante, en la lucha perderán más del cincuenta por ciento de sus efectivos, lo que significa que no podrán realizar la misión de aniquilamiento total que se proponen, y deberán regresar a sus bases, a pertrecharse de nuevo para otro ataque.

»Eso significa que nosotros habremos perdido cincuenta mil naves, pero que todavía nos quedarán veinte mil.

»Mientras que nosotros regresamos a la Tierra, ellos volverán a su planeta, cuya distancia es mucho mayor, empleando tres meses de regreso. Entonces deberán reconstruir su flota. Pueden disponer de otras cien mil naves en menos de seis meses. Pero durante todo ese tiempo, y el que luego emplearán en atacarnos de nuevo, nosotros, situados ya en plena producción bélica, podremos haber construido doscientas mil naves.

—Es un plan magnífico, almirante Rekker —afirmó Bali, sonriendo —. Y es de suponer que salga como usted afirma. Necesitamos tiempo. En ese año, pese a las pérdidas sufridas, podemos tener una flota superior a la de los «vulkios».

»Pero ¿y si nos derrotan en el primer combate y luego vienen y nos destruyen?

—Deberán situarse en posiciones orbitales favorables en torno nuestro. En tal caso, tenemos proyectiles casi dispuestos para impedirles su acción. Ciento veinte mil cohetes teleguiados, situados en las bases lunares y de Marte, son de una efectividad demoledora.

—Hay algo de mayor efectividad —dijo Bali—. Esperemos que la gestión secreta que realiza el consejero Demiar dé el resultado que espero.

—¿Dónde está Demiar? —preguntó otro alto jefe.

—Ha ido a buscar mujeres «vulkias». Hemos podido averiguar, por mi propia esposa, que existen otros lugares en el sistema solar donde los «vulkios» poseen tribus de mujeres, a las que visitan con frecuencia. Concretamente, en uno de los satélites de Júpiter, existe otra colonia.

»Karla, la madre de Ireka, y otras mujeres, han ido con Demiar. Esperamos poder reunir aquí, dentro de poco, a veinte o treinta mil mujeres «vulkias», con las que vendrán bastantes niños.

—¿Y qué se proponen hacer con ellas?

—Mi esposa Ireka me dio la idea. Ni siquiera el centro de control «vulkio» se atrevería a ordenar destruir naves ocupadas por sus propias madres. Veremos lo que ocurre.

—¿Y se prestan esas mujeres a la prueba?

—Sí, puesto que los «vulkios» no tienen en cuenta las consecuencias que la destrucción de nuestro mundo pueden acarrear a todas ellas.

—¿Están dispuestas a morir delante de nuestros ejércitos? —insistió el almirante Rekker, incrédulamente.

—¿No lo está usted?

—Sí, pero yo soy militar.

—Bien. Ellas consideran que haber creado una raza les da derecho a cierta consideración y están dispuestas a demostrarlo.

—Creo que los «vulkios» no dispararán.

—Yo no estoy tan seguro. Son una raza despótica, que trata a sus mujeres con desprecio, manteniéndolas lejos de sí. Sólo dan importancia al sexo fuerte. Están poseídos de megalomanía. Se creen poderosos e indestructibles, dueños y señores de todo. Y puede que no den importancia a veinte o treinta mil mujeres, aunque muchas de ellas hayan sido madres de los que atacan.

»Entre nosotros, eso no ocurriría, porque nuestra organización social es diferente. Pero ni siquiera Ireka está segura de lo que va a ocurrir.

—¿Y va usted a permitir que su mujer vaya en esa expedición?

—Sí. Ésa fue la condición impuesta por ella.

—No tengo por menos que descubrirme ante el heroísmo de Ireka Zamun, sabio Bali Gusik —terminó el almirante Rekker.

Se trataron más asuntos pendientes y se decidió aumentar la fabricación de proyectiles cohetes teleguiados. Se tenían noticias de que algunos industriales habían recurrido a las tribus inferiores del sur, cuyos «heiks», advertidos de lo que ocurría, obligaron a sus vasallos a colaborar en el trabajo. Las fábricas de guerra estaban, pues, en plena e intensa producción y se podían ampliar algunos programas.

Una vez concluida aquella reunión, Bali se retiró a sus alojamientos. Como Ireka no estaba con él, fue a su laboratorio, y allí, después de meditar largo rato, decidió ponerse en contacto con el «vulkio» Itxer.

En esta ocasión no tuvo gran dificultad, y pronto supo la razón.

—Quería hablar contigo, Itxer.

—¿Cómo te atreves, después de lo que estás haciendo? ¿Crees que no sabemos que os preparáis para atacarnos?

—No, Itxer; perdona. Sois vosotros los que habéis decidido atacar primero. Nosotros sólo estamos preparándonos para la defensa.

—¡Estás loco, Bali Gusik! —replicó Itxer, a través del espacio—. ¡Nadie puede oponerse a nuestro poder!

—Tal vez os equivoquéis, Itxer.

—¡Disponemos de un millón de naves del espacio!

—Sí, pero están tan dispersas, que tardaríais veinte años en reunirías a todas. Sé que atacaréis con cien mil naves. Número más que suficiente para conseguir vuestros propósitos, si no fuese porque estamos nosotros aquí, y enterados de todo.

—Continúas estando loco, Bali. No tenemos nada contra ti. Es más, casi es posible considerarte uno de los nuestros. He hecho gestiones en el centro de control. La destrucción de vuestro mundo está decretada. No será pulverizado, por no producir alteraciones planetarias, pero arrasaremos la vida en toda su extensión, con nuestros pulverizadores atómicos.

—No lograréis llegar hasta aquí.

—Vuestra insignificante flota será arrasada al primer ataque.

—Yo no estoy tan seguro, Itxer. Nos habéis menospreciado. Y ni siquiera habéis pensado que vuestras mujeres e hijos están aquí.

—Ya lo hemos considerado. El número de mujeres «vulkias» que viven en la Tierra es insignificante. Podemos permitirnos el lujo de considerarlas terrestres, como vosotros.

—¡Es que lo son! ¡Nacieron y vivieron aquí! ¡Vosotros no tenéis mujeres! —Había pasión en el mensaje telepático de Bali, al decir esto —. ¡Y eso puede ser vuestro castigo!

—Pareces enojado, Bali Gusik —contestó Itxer—. Lo siento. Ya te he dicho lo que ocurre. Tú puedes vivir, si lo deseas. Vente con Ireka hacia el espacio. Ya te recogeremos. No te faltará un mundo, semejante al tuyo, donde vivir felizmente y poder crear una raza futura.

—¡No me interesa, ni a Ireka tampoco! La raza humana terrestre es tan digna o más que la vuestra. Siempre nos habéis considerado seres inferiores, pese a que sabéis muy bien que ya no lo somos. Puede que en nuestros albores, cuando no éramos más que seres primitivos, fuésemos dignos de tal calificación.

«Nuestro planeta ha girado mucho desde entonces y nuestra ciencia está adelantando de modo insospechado. Deberíais estar mejor informados de todo esto.

—¡Bah, amigo Bali; eso son jactancias! Aparte de ti, muy pocos de tu raza merecen el nombre de seres racionales.

—Puede que te repita estas palabras antes de cien días, Itxer. Si es que hay ocasión. Hay tribus salvajes, del desierto y de la selva, que están siendo adiestradas en la fabricación de armas… ¡Y lo hacen con una fe y un entusiasmo que sorprende!

—Estamos enterados.

—Yo también estoy enterado de muchas cosas que ha preparado vuestro inhumano centro de control. Si fueseis seres auténticamente racionales, no permitiríais que las máquinas os gobernasen. ¿Qué progreso es el vuestro? Dentro de un millón de años, las máquinas seguirán dirigiendo vuestro destino, si es que vivís para entonces, y nosotros os habremos aventajado en todo. Ése es vuestro glorioso destino.

Esta vez, Itxer no replicó. El mensaje de Bali le hirió profundamente. Debió comprender que éste tenía razón.

—Ya no quiero decirte nada más. Iremos a la lucha, Itxer. Y Dios dará la victoria a quien la merezca. Yo estoy convencido de que vosotros no la merecéis… ¡Estáis enteramente deshumanizados!

—¡Basta, Bali! —replicó el otro con acritud—. Sé que no puedo replicarte. Tienes razón. Pero yo no puedo cambiar mi mundo. Tendría que ser aniquilado en su totalidad y nacer de nuevo, para que fuésemos distintos.

Capítulo X

EL INMENSO PODER PROHIBIDO

Transcurrieron los días. La expedición de Demiar fracasó. No fue posible poder traer a la Tierra ni siquiera una sola mujer «vulkia». No pudieron encontrarlas.

Ireka explicó a Bali, a su regreso del largo viaje:

—Se nos han anticipado, llevándoselas lejos de nuestro sistema planetario.

—No, Ireka —musitó Bali, tristemente—. Están en sus lugares habituales. Yo lo sé… ¡Lo he podido ver con los ojos de la mente! Pero se han escondido. Han recibido instrucciones de sus amos.

—A mi madre y a sus compañeras no les dijeron nada.

—No. Ellas están tan condenadas como nosotros. Las consideran igual que a los demás terrestres. Pueden permitirse ese pequeño lujo. De aquí no quieren ni la simiente.

—Sí, todo por un «vulkio» insignificante. Pero ellos dan más importancia a sus costumbres que a las relaciones exteriores.

—Se matan continuamente millares de «vulkios», en accidentes.

—La muerte de Estarko no la consideran un accidente, sino una ofensa a su altísima soberbia. Eso justifica sobradamente nuestro exterminio.

—Empiezo a odiarlos, Bali —dijo Ireka, abrazándose a él.

—¿Crees que les venceremos?

—Estoy seguro… ¡Pero sin lucha!

—¿Cómo lo sabes?

Bali no respondió, desasiéndose del abrazo de su esposa y volviéndose hacia una de las grandes ventanas, como ajeno a la realidad.

Ireka, alarmada, insistió:

—Te he hecho una pregunta, Bali. ¿No puedes responderme?

—Es mejor que no lo haga y conserve ese secreto para mí.

—¡Me prometiste que entre nosotros no habría secretos, Bali!

—Pero éste…

—Éste es esperanzador. Estoy sumida en la desesperación, Bali. Si sabes algo que me libere de la tortura en que vivo, tienes la obligación de decírmelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque he hecho algo que no debí hacer.

—¡Bali! ¿Qué has hecho? ¿Has escudriñado el futuro?

Él asintió con la cabeza.

—¡Oh!

—Lo siento, Ireka. Tenía que hacerlo... ¡Por el amor de Dios, no me preguntes más!

Bali trató de alejarse, abandonar la estancia. Pero Ireka le retuvo, agarrándose fuertemente a él.

—No, no te vayas ahora. Lo que tú sabes tengo derecho a conocerlo yo también. Soy tu esposa, Bali.

—Conocer el futuro está prohibido, Ireka.

—¿Has visto un desastre?

—He visto... la muerte.

—¿Nuestra muerte? ¡Habla de una vez! —exigió ella—. Prefiero conocer la verdad y saber a qué atenerme.

—Es tu muerte, Ireka.

Ella pareció encogerse sobre sí misma. Miró a Bali fijamente. Luego, fue a sentarse en una butaca.

—Por eso no querías decírmelo... Te lo agradezco mucho, Bali. Has sido bueno conmigo. Yo, en cambio, me he portado inicuamente...

Bali no la dejó continuar hablando, acercándose impetuosamente a ella y besándola con pasión.

—¡No quería decírtelo, Ireka! ¡Te quiero con toda mi alma! ¡Tú me lo has exigido!

Ireka se esforzó por sonreír.

—Bueno —dijo—. No te apures. Todos hemos de morir, tarde o temprano. No me digas nada más. ¿Va a contribuir mi muerte a lograr la paz?

—Sí. La victoria será nuestra... Sin lucha. Serás heroína de la humanidad, Ireka.

—¿Ves? No hay mal que por bien no venga... ¿Y tú quedarás solo?

—Sí. Jamás volveré a mirar a otra mujer.

—¡No quiero que hagas eso, Bali! —casi gritó ella, estremeciéndose —. Necesitas otra esposa, hijos sanos y fuertes. Exijo que respetes mi memoria un tiempo prudencial. Luego, debes contraer nuevo matrimonio.

»No quiero que tu vejez esté rodeada de soledad y silencio. No. Yo te quiero. Si tú, que conoces el futuro, sabes que he de morir por el bien de la humanidad, no vacilaré ni temblará mi pulso. La muerte es tan natural como la vida y no me asusta.

»Pero tú debes organizar tu existencia después de irme yo... Dime una última cosa. ¿Cuánto me falta?

—Poco... Menos de medio año.

—¡Oh, eso es mucho tiempo, Bali! ¿Sabes lo que voy a hacer?

—¿Qué?

—Yo misma te elegiré una esposa. ¿Me dejas?

—¿Por qué me torturas tanto, Ireka?

Ella le abrazó y se echó a reír.

* * *

Ammon Askida había sido bebé durante una semana. Ireka le hizo cuidar. Ahora, el ex sabio de Sokros, vivía en una lujosa mansión de Fatos. No podía quejarse, pues su enemigo se mostró generoso con él.

Además, Ammon Askida estaba trabajando también para contribuir a la guerra que se avecinaba.

Cuando Ireka Zamun fue a ver a Ammon Askida, éste se hallaba trabajando en una serie de cristales coincidentes capaces de aumentar el poder de los rayos del sol.

—¿Puedo entrar, Ammon? —habló Ireka, desde la puerta.

—¡Oh, Ireka; claro que sí! ¿A qué debo el honor de tu visita?

Ella se acercó a él y le estrechó la mano.

—Me alegra venir a verte y comprobar que no me guardas rencor.

—Puedes estar segura de ello, Ireka. Y lamento profundamente todo lo ocurrido. Bali, en vez de instalarme aquí y darme medios para trabajar, debió ajusticiarme. Es lo que merezco.

—Bali te necesita, Ammon. Tú puedes ayudar mucho en lo que se avecina. ¿Cómo va tu trabajo?

—Bien. Dentro de unos días podré probarlo. Estoy seguro de que dará resultado. He tenido que cambiar un polarizador intermedio, que privaba la incidencia del rayo cósmico natural. Pero, ¿has venido a preguntarme por esto?

—No, Ammon. He venido a preguntarte otra cosa.

—¿Qué?

—Deseo hablarte de tu nieta Amira.

Askida pareció sorprenderse.

—Ella vive en Magtor, con su madre.

—Vino a verte cuando... —Ireka sonrió—. ¿Recuerdas?

Ammon se sonrojó.

—Sí, fue la broma de Bali. Mi nieta me tuvo en sus brazos. No le guardo rencor.

—Tú eres un sabio muy inteligente, Ammon. Lo sabemos todos. Y sabemos que mataste al «vulkio» Estarko en un arrebato de furia. Temías perder tu puesto en Sokros. Eso, para un sabio, es penoso.

—Sí... Y comprendo lo que debió sentir el pobre Grok Gusik

cuando le hice expulsar de Sokros.

—Sufrió muchísimo. Ahora debe estar contento. Se ha hecho justicia con su hijo.

—Oye, Ireka, ¿qué tiene que ver mi nieta Amira con todo esto?

—¿Qué edad tiene Amira?

—Veinticuatro años.

—¿Te importaría dejarla venir conmigo al palacio?

—No. ¿Por qué?

—Magtor es una pequeña población. Aquí, en Fatos, puede tener más oportunidades, a la hora de encontrar esposo.

—¡Amira es una chiquilla muy bella! —exclamó el sabio, lleno de orgullo.

—Precisamente por eso. Lo sé, Ammon. Y puede que la ayude a conseguir un buen marido, del que te sientas orgulloso.

—¡Ah, mujer! ¡Algo estás maquinando! Pero confío en ti... Si pudiera leer tu mente sin ponerme en trance, como hace Bali, sabría lo que hay escrito en tu pequeño cerebro.

—Y creo que te sentirías orgulloso, Ammon.

—De acuerdo. Les diré que venga, con su madre.

—No te molestes. Avísales únicamente, yo iré a buscarlas. Ya he ordenado que preparen alojamiento para ellas en palacio. Adiós, Ammon, no te entretengo más.

Al día siguiente, Bali conoció a Amira, la nieta de Ammon Askida. Y hubo de admitir que era una maravillosa criatura, de extraordinaria belleza, muy culta y con una predisposición natural, quizá herencia de su abuelo, para las ciencias metapsíquicas, en las que estaba muy avanzada.

Sin embargo, por respeto a Ireka, Bali Gusik se limitó a saludar a la familia de Askida con deferencia y respeto, y luego volvió a sus asuntos trascendentales. Los preparativos bélicos absorbían todo su tiempo.

* * *

Las cien mil naves «vulkias» estaban llegando ya a las proximidades del sistema solar.

Las naves terrestres, en número increíble de noventa mil, avanzaban también, al encuentro de sus adversarios. Aquella zona de la Galaxia parecía estremecerse bajo el paso ígneo de las naves de guerra, cuyas armas desintegrantes apuntaban hacia el infinito, a la espera de abrir fuego.

Era un espectáculo grandioso que los siglos habrían de conservar

perennemente en el recuerdo. Era la primera vez que la Tierra, el planeta azul y verde, desafiaba a los dominadores del Universo.

La razón y la inteligencia, desarrollada, del hombre, contra el frío y objetivo cálculo de las máquinas computadoras, que eran las que dirigían y controlaban las naves «vulkias».

Una de las naves terrestres, mezclada entre el enorme número, dirigía la operación. El almirante Rekker estaba en su puesto de mando.

Bali Gusik no pudo tomar parte en la expedición. Su puesto estaba en la Tierra. Era el Jefe Supremo, y de él debían emanar las órdenes.

¡Pero Bali era el único que sabía lo que iba a suceder!

Por esto sufría horriblemente.

Frente a la expedición terrestre, sin que hubiese habido medio humano para impedirlo, porque el conocimiento del futuro era la ligadura más opresiva que Bali Gusik había conocido jamás, iban seis naves pintadas de blanco… ¡Y en su interior viajaban mil mujeres «vulkias»!

Así lo había dispuesto el destino.

Allí estaba Ireka, por designio inmutable y ancestral, con su madre y sus compañeras. El templo de piedra de las selvas vírgenes del Euro había quedado desierto.

Aquellas mujeres iban directamente a la muerte. Ellas engendraron a buen número de los hombres que ahora avanzaban, hacia las densas filas de naves terrestres, con el deseo de vengar a un pobre infeliz.

Pero sólo Bali Gusik sabía lo que iba a ocurrir.

Por esto estaba sufriendo, sentado en su amplio despacho, del palacio del «heikado», ante los controles que establecían el contacto con la flota sideral.

Y, segundo a segundo, como si lo estuviese viendo, sabía lo que estaba ocurriendo.

Las dos flotas se acercaban rápidamente, a velocidades hiperlumínicas, desafiando las leyes naturales del universo. Los millones de kilómetros iban reduciéndose por segundos. El encuentro decisivo y fatal parecía inevitable.

Bali Gusik cerró los ojos, como si quisiera cerrar también la hipervisión de su mente, porque sabía que lo inevitable iba a ocurrir de un momento a otro.

Y fue entonces cuando las seis naves, pintadas de blanco, se destacaron, acelerando su velocidad de modo extraordinario. Un mensaje en lengua «vulkia» hendió el cosmos, pronunciado por Karla, la madre de Ireka:

«—Hemos venido a morir en defensa de la justicia. Disparad

vuestras armas contra nosotras, que os hemos dado el ser. Vosotros, que empuñáis las armas, habéis nacido de nuestras entrañas.

«Obedeced las frías órdenes de las máquinas que os gobiernan. Cerrad los ojos a la verdad y al amor. Matadnos, porque así os lo han ordenado.

«Somos las mujeres que os han estado esperando siempre sonrientes y sumisas. Aquí llevamos a nuestras hijas e hijos pequeños, que van a morir con nosotras.

«Tenemos doce niños menores de un año. Cada uno de ellos podría valer mucho más que el individuo que motivó esta guerra. Pero el más inútil de ellos es mil veces mejor que todas las máquinas de vuestro centro de control, que son engranajes, ruedas, circuitos y condensadores… Piezas que cualquiera pude hacer sin esfuerzo ni sufrimiento, mientras que daros la vida a vosotros, como hemos hecho, ha sido un sublime dolor, un maravilloso dolor que da vida.

«Ahora, por orgullo, soberbia y egoísmo estúpido, os vais a enfrentar a una guerra contra hombres, tan altivos y fuertes como vosotros. Y veréis que saben defenderse, puesto que han sabido prepararse mucho mejor que vosotros y en menos tiempo.

»A estos hombres no les manda ninguna máquina deshumanizada. No quieren la guerra, pero están dispuestos a luchar en defensa de su libertad y su vida.

»Pase lo que pase, ya no se dejarán someter jamás a vuestros deseos y caprichos. Habréis de tratarlos con respeto y consideración como a iguales, o serán ellos los que os buscarán por todos los confines del universo y os harán tragar el orgullo.

»La raza terrestre lleva semillas de conquistador, poderío en sus genes. Ahí los tenéis. Destruidnos a nosotras primero y luego acabad con ellos, si es que podéis.

»No terminará el día sin que millones de vosotros paguéis con vuestras vidas la soberbia que os ciega.

»Esto lo dicen vuestras madres y hermanas… Las olvidadas de la región de Euros.

El mensaje terminó al estallar las seis naves blancas, alcanzadas por los rayos desintegrantes de las naves siderales atacantes, cuya primera línea, obedeciendo órdenes, desoyó todo mensaje.

Pero Itxer y otros «vulkios» captaron aquellas palabras. Y el resultado no se hizo esperar.

Miles de naves del espacio evolucionaron rápidamente, sumergiéndose en el vacío y alejándose de las densas líneas terrestres. Consecuencia de esta deserción masiva fue que, desguarnecidos los flancos, a merced de la flota terrestre, los «vulkios» optaron por eludir

el combate.

Después, conferenciaron entre sí. Y el resultado fue definitivo y sorprendente.

—Hemos de destruir las máquinas del centro de control y modificar nuestros fundamentos sociales —se propuso—. Desde luego, no tiene objetivo sacrificar tantos hombres por una cuestión tan pueril como la muerte de un hombre llamado Estarko.

—¡Y tampoco debemos vivir separados de nuestras mujeres! —añadió otro.

* * *

Bali, vestido de negro, y acompañado por Amira, recibió a los embajadores «vulkios», en su palacio de Fatos.

Entre los visitantes estaba su antiguo amigo Itxer. Fue éste el que avanzó, delante de sus camaradas, para postrarse ante el maravilloso trono de Bali.

—No, por favor, amigo Itxer —le dijo Bali, apresurándose a incorporar al otro—. Levántate. No quiero nadie a mis pies.

—Mi pueblo debía este homenaje al sufrido pueblo terrestre —dijo Itxer—. De no haber sido por vosotros, no nos habríamos dado cuenta de que éramos esclavos de nuestras propias máquinas.

»Ya están destruidas todas. Ahora, nos gobernaremos de modo semejante a vosotros. Quien más sepa, que lo demuestre. Él nos regirá.

—Ya habéis elegido, Itxer. Y os puedo asegurar que con acierto. El sabio Kratto es profundo en su raciocinio, justo en sus decisiones y humano en su corazón. Un hombre para gobernar hombres.

»Por eso, sed todos bien venidos a la Tierra, donde hallaréis nuestros brazos abiertos y los corazones sinceros.

Se celebró una gran fiesta para agasajar a los embajadores. Y en ella, Bali fue asediado por varios ricos comerciantes. Uno le dijo:

—Hemos perdido cantidades inmensas, «heik». Nos prometiste una recompensa.

—Ya la tenéis ahí. En vez de hacerme reproches, haced peticiones a los embajadores «vulkios».

—¡No nos darán nada!

—¿Por qué no? Saben que no son los amos del Universo... Id con ellos. Presentadles vuestros problemas. Tal vez os escuchen.

Los comerciantes se fueron y los «vulkios» les escucharon atentamente, prometiendo ayudarles. Se necesitaban naves para los masivos intercambios comerciales. Por allí podían empezar. Los terrestres habían construido muchas naves que ahora debían utilizar

en algo útil.

—Nada se ha perdido, amigos míos —les dijo Itxer—. Con vuestro «heik» y el nuestro, vamos a ser pueblos amigos. Iréis a nuestro planeta y nosotros vendremos al vuestro. Amistad y grandeza para todos.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



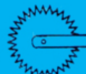
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.